

Cartas a la Vida.

Arsenio Uscanga



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

"Amar, es morir y revivir y remorir: es la vivacidad. Te quiero porque soy mortal y tú lo eres.

Octavio Paz.

Frases, poemas, escritos para días malos, para días buenos, para días que no supieron definir su papel en tu vida, cartas al amor, al dolor, son cartas a la vida.

Agradecimiento

A ti mi musa e inspiración, que con tus ojos me regalaste vida. Y de la vida que me otorgaste, te volviste el alfarero, moviéndome las manos, apretándolas entre las tuyas, invitando a narrar los detalles de una vida a tu lado. A ti mi chatita chula...

Sobre el autor

Todo lo que aquí te escribo, lo sentí en el pecho,
me inquietó las manos y plasmé estos escritos en
estas paredes de papel, esperando el día en que
tus ojos se posen en ellos, y les otorguen libertad.

Índice

Días de duelo.

Caminos.

Alzheimer temporal.

No tienes todo de mi.

Te dejaré una postal.

Vuelta.

Entre líneas.

Tú.

Las lunas que no te di.

El amor.

A ti, mi eterno amor.

De nuevo, tú.

Cartas a mi chatita.

Ojalá fuera tan fácil.

Defectos.

Anda con cuidado.

Cartas a mi chatita. -Entre líneas-

Me vienen ganas.

Te extraño.

Perdón.

Ajenos.

Cartas a mi chatita.

La muerte también perdona.

Dulce despedida.

Inmarcesible.

Cuando nos volvamos a encontrar.

Así.

La playa.

La playa.

Mi historia no tiene oficio.

De un hereje, para el Creador y el Padre.

Tus ojos.

Mulata.

Lista de deseos sin consumarse...

La noche callada.

Los reproches.

Días de duelo.

He renunciado a los duelos con resabio amargo, esos que nos dejan sabor a despedida, atiborrados de nostalgia, colmados de amargas lágrimas y un dolor que oprime el pecho, en cada intento imprescindible por inspirar y exhalar el oxígeno, que me somete a la vida.

¡No lo quiero! ¡Mucho menos lo deseo!

Me destierro de aquellas prácticas, amargas manías, recordar a los ausentes de manera pusilánime y dolida. No voy a pasar el resto de mi jodida vida azotando los recuerdos de aquellos que he querido, con el flagelo de la tristeza, borrando las caricias, las sonrisas, las vivencias, la luz que en la ausencia continúa centelleante. ¡Qué egoísta resulta apagar todo lo que nos brindó una persona en vida, en tiempo, en formas, en amor, en presencia y el destierro, me niego a oscurecer los recuerdos a razón de mi absurdo sentimentalismo, ese que juega a decir: "Ojalá estuvieras ahí, aquí, para mí"!

Y duele la muerte que te negó el sublime placer de sufrir en vida, todo aquello de lo que uno se libera estando en el "más allá". Pero mi dolor no cegara mi deseo de verte feliz, dichoso, plena de algarabía. Y si en verdad existe un cielo, sal a recorrer los matices que tiene el mundo, y arregla este abigarrado universo, con el vaivén de tu danza, regala lluvias a las mentes que en sequía se encuentren, con tus pies pequeños entra de noche a esas mansiones donde habitan los infelices, que duermen con los sueños rotos, háblales al oído, invítales a no perderse, a no soltarse, de sus sueños, de sí mismos, como lo hicieras conmigo.

Se libre allá en el Olimpo, y libérate de mí, no quiero seas mi querubín protector, únicamente deseo recordarte así, como fuente de inspiración.

Y a ti, amor fulgurante, mi deseo de tantas vidas, deseo de una casa perdida entre las montañas, y nuestros hijos danzando alrededor de la cama, pedacito de cielo con figura terrenal, marcha en absoluta y completa paz. Que aunque me duele perderte, suele ser necesario separarse del nosotros, para encarnar, encontrar, crear un "yo" que nos otorgue libertad. Y si te encontraras y quisieras encontrarme, habré siempre de esperarte. ¡Mientras tanto ve, coge, ama, ríe, piérdete con ánimo de encontrarte, escribe, aprende, enseña, contagia todo el amor que desprende tu ser, alimenta tu luz y reconoce tu sombra!

Yo estaré acá apaciguando a ese sentimiento de culpa, de negación, sustituyendo la resignación, y todo lo negativo que se cruce al recordar a los que separaron caminos, por alegrías, por los mejores momentos que brindó la compañía de seres excepcionales, estaré amándote a ti que estás ausente, pero te quedaste conmigo.

Pues es mi mejor modo de honrar todo lo que un día construimos.

¡Gracias, lo siento, te amo!

Caminos.

Quizás en otras vidas, otras muertes, otros cuerpos, almas o besos, quizá mañana o tal vez, tal vez sea nunca.

Cuesta trabajo centrarme en mi abigarrado universo, e intentar impregnar un poco de cordura al caos que se desató desde el día que partiste, pero he decidido aceptarlo, no pretendo retenerte por más que te amo, te amo y te quiero libre. Caminando por senderos ajenos al mío, que seas tú esa luz y guía, que te conduzca a los versos que te proclamen poesía. ¡Que te proclames poesía, y te reescribas sin importarte un carajo los qué dirán! ¡Que vuelas en plena libertad y tus alas nunca se cansen de elevarte por nuevos horizontes cargados de albores!

Duele en el alma perdernos, pero dolía más no encontrarnos cuando caminamos juntos, de algún modo falle y callaste, grite y lloraste, llene de reclamos nuestro universo, hasta agotarte completa, e hiciste maletas para encontrarte, dándome la oportunidad de entenderme. Y entender tu inminente partida.

Te amo y me siento libre, aunque me llenen el alma los "hubiera", los "podimos", y el presente pregunte de manera resignada: ¿La he perdido por siempre? Y la razón le responda: "Solo te acompañó en el camino, y ahora ha emprendido el suyo"

Sé que hay un futuro en nuestras vidas, y soltarnos ahora es garantía de disfrutarlo en plenitud.

¡Te amo, hasta pronto, hasta nunca, vuelve, retírate para siempre!

Siempre recuerda que juntos o por caminos separados, mis sentimientos hacia ti no habrán de cambiar.

Alzheimer temporal.

Sé que a veces es complejo manejar a un tipo como yo, apenas me reconozco, un tipo al cual sus periodos de crisis suelen agudizarse hasta al grado de perder los buenos modos con aquellos que aprecia y ama.

Juro que no es mi intención.

Y tal vez sea cansado, verle continuamente, entrometerse en los resquicios de tu corta paciencia, o tener que repetir una y otra vez que le amas sin condiciones.

Parece olvidarlo todo, grita al viento desquiciado: "¡Mírame carajo, no ves que me está jodiendo el pesimismo de todos!

¡Pero juro, él grita que también te ama!

Es solo un enfermo, tiene Alzheimer de manera temporal. Se ha olvidado de sí, y con ello de sus escritos, aquellos escritos nocturnos que tanto te deleitaban, o de la dulzura inmersa en los pequeños reproches.

Juro que no es a propósito, juro no intento mal pasarme los pocos minutos que la vida nos otorga a diario, durante mis periodos de lucidez, ni apagar en tus ojos ese brillo que poseen cuando miran enamorados, ni borrar de tu boca esa excelsa sonrisa que recuerda que aún cuando llueve fuerte, el día puede ser un regalo.

¿Es que acaso soy mi padre? ¡Que horror encontrarme una mañana celándote, y dibujando en mi mente historias desvergonzadas, o reclamando pequeñas estupideces!

Sabe que no es ese hombre del que te enamoraste y lo entiende, quiere alejar de tu lado los reclamos por tonterías, que terminan magnificando y sellando en tu interior la distancia.

Y le duele no encontrarse, no porqué seas el camino, sino porque quiere tomar de tu mano e inventar otros senderos, el de amar con libertad, el de soñar y ser merecedor, arquitecto, y diseñador de interiores del amor que construyen dos almas que se encontraron, por destino o coincidencias, por voluntad absoluta o pasividad influenciada por tus dos negros y hermosos ojos, y recordar que le dijo sí, sí a la vida, sí al placer intrínseco de negarle a la duda su acto de aparición, sí a tus lunares bonitos que aparecen como estrellas en el cielo, y la manera en que me sorprende tu voz en la distancia y cada día confirmo: ¡SÍ, ESA ES LA MUJER QUE AMO!

Tal vez no entiendas que eres importante en mi vida, pero si vieras como tu cariño ha hecho que llene las camisas que antes holgaban de mi torso, a causa de que me cuidas y preguntas si he tomado algo antes de ir al trabajo.

Y me incitas a leer con apetito voraz tus libros favoritos, llenas a mi alma de aprendizaje infinito, con tus muestras de amor, de bondad, de exquisita sabiduría.

Te amo antes de levantarme, al abrir los ojos y pretender no inquietar tu sueño con un mensaje a destiempo. Te amo durante el día, cuando quiero saber las noticias de tu vida emancipada. Y al caer la noche, dice un secreto a voces, que ahí donde se encuentra tu pensamiento al caer la cortina negra de Morfeo, allí se encuentra tu corazón. Y al final del día, te cruzas por mis recuerdos, por mis sueños, para arrullarme hasta quedarme dormido, hasta volar a ese nido, en el que ambos desafiamos a la distancia y estamos al fin reunidos.

Te amo.

Aún cuando mi Alzheimer temporal, me dejó irreconocible, lo único que percibo es eso: La manera

tan ferviente en que te amo.

Y eso no puedo olvidarlo.

No tienes todo de mí.

Te falta de mí lo mejor, te he presentado la risa que otorgó a este mundo que me oprime de manera continua, pero cariño te falta verme sonreír al encontrar tu cara debajo de las sabanas.

Te falta observar los gestos hechos por mi rostro al amanecer, cuando estoy molesto. Aún te falta por conocer mi resistencia absoluta a los golpes de la vida, la derrota al entender que el amor se me ha negado desde que era crío.

Abandonado, exiliado de la persona que más debió amarme, te hace falta estar ahí, en esa llaga latiente que te hará entender porque lo perdono todo con un sencillo te quiero o un abrazo absoluto.

En parte soy un mendigo, un exiliado, un gitano sin tierra en donde echar raíz, te falta comprender porque lo recibo todo con los brazos abiertos y hago de un pedazo de piso, una cama confortable.

La vida me construyó humilde, por tantas cosas por las que he pasado de manera solitaria, y si te quedas te enseñaré que puedo esperarte paciente bajo la fría lluvia, porque cariño yo he pasado por fríos sin techo que me abrigará. No tienes mucho que perder, no tengo la mirada con la que tus ojos sueñan perderse, no soy el hombre fuerte que pintan en esas películas que te agradan, lento en pensamiento algunas veces, terco otras tantas, no pierdes mucho si te retiras a tiempo.

Pero si te quedas, prepárate para los escritos de este hombre que escribe a su vida, al amor disfuncional de sus padres, a la pérdida, al amor y la esperanza. Si te quedas guárdate los mejores miedos porque te haré erradicarlos del alma, prepara tus mejores ropas para quitarlas mientras beso los lunares de tu cuerpo en una noche de luna llena. Llena dos tazas de té para tomarnos a pequeños sorbos el cariño bien caliente. Si te quedas, preparaba tu cuerpo para hacer el amor de manera fuerte, con ganas, como si quisiéramos borrarlos en la unión de nuestros sexos.

Jamás llegue a un sitio siendo el mejor en algo, pero querida yo supe cosechar girasoles en aquella tierra que nadie quería tocar. Solo dame la oportunidad, de ser mejor para mí y compartirlo con nosotros.

Construido de fragmentos, soy mil partículas que recogí por el camino, la sonrisa de un niño, el sonido de la aves al amanecer, me mueven los pequeños detalles de la vida.

No soy tu amor de película, yo soy un amor real, tómame o déjame.

Te dejaré una postal.

Te dejaré una postal... Por cada día que pasé a tu lado, por el pasado, el presente y el inminente futuro, aunque ahora mismo se encuentre acalambreado por las procelosas aguas de la incertidumbre, cómo esta playa en la que te bese, y nos descubrimos humanos, te dejaré una postal.

Caminaré cada día a los sitios que compartimos e inmortalicé en mi vida, reseñando con detalle mi presente y el amor que aún tengo.

Y antes de sentarme a esperar, el momento perfecto para capturarlo en mi mente y describirte cómo dibujé en mis inflexiones, decido tirarme en la arena como lo hice contigo, sumergir mis manos en ella y sentir que renacen mis sentidos, como aquella tarde que compartimos frente al mar. Hubo que caminar tantas cuerdas, con los almendros borrachos de sol, con sus hojas desmayadas tapizando de recuerdos infinitos la Alameda, y de pronto, el caminar abrazados, los besos robados, y decir de golpe y sin esperarlo: "Te amo" y rematar en los labios, cuál si bastara un beso para decir "Yo también." Sé que te amo más que en esos días perfectos, aunque acá el día se torne gris y las ráfagas del viento siembren a raudales, dudas inquisidoras.

Te dejaré una postal, para que entiendas que amo cuando sonrías, cuando te encuentras molesta, cuando te muerdes los labios por la ansiedad que despierta un reto improvisado, y verte triunfante después.

Te amo como aquel día que decidimos compartir nuestras vidas, y construirnos de a poco el amor que merecemos, un día a la vez, paso a pasito, y viceversa.

Y no quiero apurarte más, así que dejaré que todo fluya a tu tiempo, agradeciendo que a la distancia, me ayudaste a reencontrarme, y sentirme más humano, de nuevo.

Solo quiero decirte que jamás fue mi intención esto que nos sucede, y que si sigo aquí es por lo mucho que te amo.

Gracias por ser la persona que me ha enseñado a mostrarme vulnerable, que me ha enseñado a confiar y amar, por motivarme continuamente, no puedo hacer más que amarte.

Así que, te dejaré una postal... Por si decides que es tiempo de despedirse, de los tiempos malos y sus secuelas, del dolor y sus esquelas, inclusive de nosotros.

Vuelta.

Volvió.

Volvió el amor, para posarse en aquellos sitios de los cuales fue obligado a desprenderse. Volvió de su ostracismo, e iluminó a su retorno nuestras almas que se alejaron, pero nunca dejaron de amarse.

Regresó triunfal, después de aquella guerra cruenta contra las huestes del olvido, después de golpear las ventanas de estos amantes que se aman, y sin embargo ignoraban los silbidos que provocaba el viento, azotando los resquicios del hogar, gritando: ¡VE, LUCHA POR ESTO QUE AÚN SIGUE VIVO! ¿No ves acaso la forma en que presiona tu pecho el sentir que aún la amas?

Volvió, cuando aquellos amantes se permitieron escuchar al mar, que les invitaba a besarse, reunirse, reencontrarse, como lo hacen las aquellas criaturas que ven por primera vez la vida a sus orillas, pero retornaran de manera inevitable a su inmensidad.

Y así, mientras escribo esta carta, sostengo la mano de la mujer que más he amado en la vida, para concluir diciendo: ¡Volvió mi chatita, y con ella, los colores de la vida!

Cartas a mi chata.

Entre líneas.

Y es que el problema de mi existencia es jamás saber llegar a tiempo. . .

No es esa puntualidad en la que tienes que llegar temprano al trabajo, para a final de mes recibir un incentivo.

Hablo de esa puntualidad espiritual, de esa puntualidad mental, de saber cuándo liberarse a tiempo de las presiones externas, de los amores fallidos, de los errores pisados y pasados.

Pasamos mucha parte de nuestra vida cuestionando si nuestra felicidad está bien sustentada, desde la perspectiva de alguien más.

Con el tiempo aprendes, que vas a llegar tarde a algún amor, vas a querer curarlo, sanarlo, entregarle cuerpo y alma, compartir momentos, y partes importantes de tu vida. Y pasara que no llegaste en el momento adecuado, que el corazón no podía recuperarse y amar. ¡Otra vez llegando tarde!

Con el tiempo vas a aprender que tus errores, aciertos, desamores, dolores , pasiones y miedos, te definirán en la manera que permitas que lo hagan.

Cuesta más llegar a tiempo a la cita de soltar un amor fallido, un miedo, un día triste en una semana perfecta, pero el tiempo y la manera en que te conectes con lo que sientes y quieres lograr te ayudará a soltar todo lo negativo.

DEJA DE QUERER ESCUCHAR MOTIVOS POR LOS CUALES LOS DEMÁS SE SIENTAN ORGULLOSOS DE TI.

Repite mil veces: "Estoy orgulloso de amar y ser lastimado en el camino, de haber fallado y saber pedir perdón.

Estoy orgulloso de la manera en que he afrontado las decisiones que han marcado mi vida, mi camino, de superar la tristeza de perder a un ser querido, de darme la libertad de redescubrirme día a día sin temor."

Te escribo para que entiendas que estoy orgulloso de ti, y lo demuestro a través de mi, porque si logras entender que aún para personas que no has mirado a los ojos eres importante, imagínate para aquellos que estando callados siempre están a tu lado.

No hace falta que te digan día a día, que eres la mejor persona del mundo, basta con aprender a valorar, la vida que tienes, los amigos que jamás te abandonan, la familia que callada te quiere.

Y ahora dime... ¿CUÁNTAS VECES HAS DICHO? ¡ESTOY ORGULLOSO DE MI!

Tú.

Entenderás que tu sonrisa me encanta, que si me miras fijamente podría volverme loco, en la intención de controlar el que mi boca corra en estampida hacia la tuya...

Pero es tu manera de ser la que inquieta a mi alma e hipnotiza, ese aire de niña tan coqueto que me fascina, y tu capacidad de ser tan mujer como te lo propongas...

Y entonces, si te preguntas ¿Si te quiero? o ¿Para qué? Lee y entiende, que lo que quieras, quiero, y cómo deseas, deseo.

Escribo porque independientemente de sus sentimientos hacia mi, he decidido no darle oportunidad al pecado del arrepentimiento.

CALV.

Las lunas que no te di.

Después de habernos perdido, la luna me devuelve a ti.

Aprovecha para recordarme lo cálido de tu sonrisa, y la manera en que mi respiración se acurrucaba en el espacio que hay entre tu cuello y barbilla.

Ojalá hubiera sido distinto, más sincero, menos cobarde, y con menos daño.

Ojalá, no tuviera que dar sinrazones cuando preguntan por ti, ni atorarme en melancolías que dejan los insensatos, con su importuna duda.

Ojalá, y no pensara en ti con cada luna, de esas que tanto te agradan. O tal vez, solo tal vez, quisiera plena libertad para mostrarte las lunas que tengo atrapadas en mis pupilas, y que nunca compartiré contigo.

El amor.

- Pasa, toma asiento. ¿De qué quieres hablar?

- ¡Del amor!

- ¿Qué chingados es eso?

- Eso quiero saber Dr. Corazón, me han contado que usted escribe acerca de él.

-Estas en lo correcto, escribo, pero aún sin saber del mismo. Solo lo plasmo de la manera en que suelo imaginarlo.

- ¿Qué podría ser amor? ¿Cómo se siente?- exclamó mientras encontraba acomodo en aquel viejo sillón.

-El amor es precisamente eso que se siente sin saber cómo ni cuándo, y nos cala todos los sentidos antes de detenernos a pensar si acaso es una bendición o deliberar si es un invitado no deseado. El amor, querida amiga, es la cosa más trágica del mundo porque no pregunta o entiende por imposibilidades, y ahí le tiene a uno buscando agua en el desierto para saciar la sed de sentirse un poco querido.

Es el proveedor de los insomnios más bellos que puede tener uno, cuando se es correspondido, pero le arde a uno en el mirar cuando no halla reciprocidad en el mismo. ¡Y no, querida, no siempre es recíproco! A veces uno dibuja paisajes para ojos que jamás han de observarlos. Y también se gasta el cuerpo buscando que tus hendiduras encajen en recovecos ajenos...

-Creo que el amor es darte cuenta, que incluso siendo correspondido o no- dijo de manera tímida- basta con sentirlo para sentirte un poquito más humano y eso no deja de ser amor.

- Y recordar que el amor es dejar de pensar tanto y cuestionarlo todo y entregarse a sentir. Es el retorno a la realidad de ser humano y sentirte capaz de querer y/o ser querido. Es aquello que te pone en el aire para luego recordarte lo duro que es el suelo.

La realidad más cotidiana que tiene la vida en los días de los mortales, para recordarnos que no todo se puede tener.

- ¡A mí me gusta enamorarme! - Y su voz chillona me hizo recordar que permanecía ahí- Porque es la cosa más bonita, el sentir que creas algo con un ajeno, sientes el placer de creer en la complicidad.

-El amor son los vacíos, los espacios que se quedan o se completan al lado de otro magnífico ser, porque para bien o para mal, todo amor termina llevándose o aportando algo nuevo. Es la confianza en las manos de quién podría matarte con su partida, las verdades que nadie conoce de tu cuerpo, son dos sexos dibujando el lienzo del amor entre las sabanas.

-Y también esta lo que no es amor, cosas que confunden tantas veces las personas - Interrumpiendo con su voz apasionada inminentemente.

- ¡No es amor, sentirte solo en compañía de alguien! Hay tantas cosas que no lo son, y las disfrazamos de pequeños errores que se dispensan con "Te quiero" que son solo dichos por bocas arrepentidas de hacerle daño a tu persona, pero jamás a tu amor.

Es que el amor no tiene forma ni duración definida, por eso es una duda constante. Y depende de todo aquello que hagas para mantenerlo con vida y con ello la tuya. Todo aquello que tomas mientras la realidad no lo golpea, mientras la rutina no le somete, mientras te queman los labios por besar a quien desprecia tus besos.

¡Ay, tan bello es el amor y tan crueles las personas! Que lo envilecen, que lo enrarecen y lo golpean hasta dejarlo en un estado lastimoso. Porque hay que admitirlo querida, el amor que se comparte con la persona adecuada es bello aun cuando caduque.

Pero cuando uno entrega el cuerpo y alma a quien no le quiere, es la tortura más despreciable del mundo.

-Y al final justificas todo el daño, toda esa ansiedad ante apenas un acto de amor- Interrumpió de manera oportuna de nuevo-

-Amor es ser yo a través de otra persona, afrontar a veces los miedos ajenos y apoyar las empresas imposibles por ver feliz a quien queremos.

- ¡Y. -Exclamó con la energía en su voz de quien descubre el santo grial- amor es ponerme por encima de todo, y no dejar que me pisoteen, porque amor tampoco es justificarlo todo!

-Cariño el amor a veces nos hace cegarnos a la realidad, no importa cuán arraigado este el amor propio en nosotros, en algún momento de nuestra vida hubo o existirá una persona que nos romperá de a poco y por completo, sin que queramos verlo.

Tan ciegos tantas veces por cariño, que terminas olvidándote de ti en el camino.

Y empiezas aceptando ausencias que comienzan en horas y evolucionan hasta convertirse en abismos donde lo único que cabe es el desconcierto. - Callé de golpe, mientras sentí los ojos humedecerse lentamente-. ¡Alguna vez hubo alguien! - lo dije con esa voz que quien detiene un raudal de sentimientos -.

Y me levante para partir sin rumbo fijo.

A ti, mi eterno amor.

Ojalá mañana sea un mejor día, disculpa, por no saber medir la magnitud de mis palabras en algunas ocasiones, puede que la vida me haya desensibilizado un poco.

Sé que te cuesta creer que te amo mucho, o que somos muchas más, las personas que te aman.

Sé que a veces levantarse y comenzar un día parece complicado, y que a veces da miedo, la incertidumbre del futuro cercano.

Sé lo que es vivir en medio de la guerra de seres que en el pasado se juraron amor, y hoy no hacen más que destruirse.

Pero sé que el amor nos restaura y hace seguir avantes.

Porqué de todos los amores que he tenido, te escogí a ti, el más sincero y bonito que me ofertó la vida. Para cuidarte, y regalarte lo mejor de mis días.

Pero me es necesario, que grites, cuando no puedas más, para ayudarte a entender, lo maravillosa que eres.

#CartasALaVida

De nuevo, tú.

Y después de gastarme la vida cuestionando mi felicidad desde perspectivas ajenas, te encontré.

Parada entre el gentío.

Andabas con la elegancia de las aves que diluyen su silueta en los matices del cielo, te vi así, difundiendo tu forma de ver la vida, sonreías y de manera improvisada, te inventabas otra tú. Una más serena. Una más callada.

Hiciste demostraciones que permitieron mirarte completa, de pies a cabeza, de tus ojos al alma, bastaron cinco minutos para reconocerte humana.

En ocasiones no entendemos que hay existencias colmadas de tantas gracias, hasta que viene la suerte, destino o circunstancias (Lo que desees creer es bueno) y te coloca de frente con las causalidad más bonita.

¡Te escribo porque te amo, sí te amo!

A mi modo tonto y chueco. A pesar de que te pases recriminándome el hecho de no sonreír como antes. O que soy el predicador de mil penas y amarguras.

Tan bonita tú eres y yo soy un gris a tu lado. Pero, ahora tengo matices de diferentes colores, en las esquinas de mi cuerpo.

Tengo un poquito de rojo, aquí en el corazón, por aquella vez que toleraste mi abrazo en mi lugar favorito. Aún cuando la fiesta y el ron estuvieran incluidos, en mi aroma.

Y ni hablar, del negro mate que gano sitio en mis labios, producto de matar los silencios. Cuando llegaste a mi vida, aprendí que podía hablar de aquello que me lastima y hace daño, y así sentirme un poquito mejor.

Me he dado cuenta que perdí de vista el motivo por el cual escribo, escribo para contarte de la manera en que tu existencia influye sobre la mía.

Y por si algún día te pierdes, este escrito te ayude a recordar, que eres todo aquello bueno de la vida, envasado en cuerpo de mujer, y por etiqueta tu nombre.

Cartas a mi chatita.

Todo el amor que te tengo, se resume a esa noche en la cual la brisa del mar se ausentó de este puerto y todo se cubrió de incandescencia.

Ardía la piel al tocarnos, nuestras voces al llamarnos, ardía todo, hasta mirarnos, vaya a saber si era el fuego interno que desprendían las almas que se comenzaban a amar, o había en esto argumentos de realismo contuso.

Nos recuerdo en aquel sillón viejo, en el apenas cabían nuestros cuerpos, y tu cuerpo moldeando al mío, como las manos del alfarero que pretende con orgullo dar final a su obra. Te acurrucaste en mi pecho, y me invitaste a dormir después de un día tan cansado.

!Ay chatita; ¿Para qué abrí los ojos? ¿Para qué comencé a descubrir la maravilla de tenerte a mi lado?

Basto para flecharme, observarte dormir recostada en mi figura, acariciar tu cabello, y besar tu frente empapada de sudor.

Mirarte así, tan vulnerable, e inocente, siendo amor.

Y entendí toda la magia que representas, la del amor que es realista, ese que nos reconoce todos los defectos, pero hacía disfrutar de esta tarde con las características de la tormentosa Luvina de Juan Rulfo.

A lo largo de tu estancia en mi vida, me has regalado el hecho de reconocermes más humano ante la vida, envolviste mis defectos y les diste sentido, me moldeaste cual si fuera de arcilla, adiós miedos y vacilaciones, me agregaste amor, cariño y algunos detalles.

Cerré mis ojos para disfrutar del momento, disfrutar el placer de tener el cielo a mi lado, el día en el que el infierno se apoderó de este puerto.

Ojalá fuera tan fácil.

Ojalá fuera tan fácil, curar esta locura que dejaste rondando por la casa, a causa de tu mal amor. Darle explicaciones a mi vida de por qué ya no camino tomado de tu mano.

Ojalá fuera tan fácil, jugar bajo la lluvia sin recordar lo mucho que tú amabas hacerlo, y poder ser esa versión que era, antes de intentar agradarte y convencerte de compartir un futuro a mi lado.

Explicarme que tú sonrisa hizo maletas para no volver a cruzar por mi camino, que hiciste camino con alguien más.

Comprender, que jamás volveré a mirar frente a frente tus ojos hermosos, de la manera en que mi ser enamorado solo sabe hacerlo.

Ojalá fuera tan fácil...

Olvidar aquella canción que compuse para cantarla en tu cumpleaños, las cartas que aún tengo guardadas debajo del sofá, aquel roto y viejo sofá donde compartimos besos, anécdotas y tiempo.

Olvidar que me rompiste cada una de las seguridades, cuando te marchaste, porque me dejaste roto y olvidado, aún cuando estuve aquí para tus momentos malos sin importar si el sol dejaba de salir en esta parte del mundo.

Ojalá fuera tan fácil, olvidar que mis labios pronunciaron por primera vez un te amo, y fue a la persona equivocada. Que me dejaste queriendo solo, que me despojaste la chaqueta sin importar que aquí también hacía frío, que me robaste todo el cariño que tenía, en pequeños besos endemoniados que acababan en tu boca.

Ojalá fuera tan fácil, recordar quién era antes de la tormenta que significaste en mi vida, atreverme a amar de nuevo sin el estúpido egoísmo de temer ser lastimado.

Y ahora que vuelves con la sonrisa callada, que se esconde entre mi mente y parece decirme: "Ya me ves, estoy aquí", mientras tus labios susurran clamando por compasión.

Yo pensando en mi mente tantas cosas, te responderé a viva voz: "Ojalá fuera tan fácil"

Defectos.

Muéstrame los miedos y cada uno de los defectos que tengas, dime que te hace reír cuando te sientes triste, dame los motivos por los cuales no te agradan esas cosas que sueles aborrecer, dime a qué país te gustaría viajar.

Si te atreves sal de la rutina de jugar a preguntar: "¿Qué tal estuvo tu día?"

Porqué quiero preguntar hasta conocerte completa, para aprender cómo hacerte reír en tus días malos, y la forma de confortarte cuando no te halles. ¡Quiero sorprenderte con las flores que te agradan, y darte la rebanada más grande de tu pastel favorito para celebrar tus pequeños grandes logros!

Yo quiero esos pequeños defectos para abrazarlos y enseñarte a querernos como solo tú podrías hacerlo, quiero tus ansias, esas que hacen que muerdas las uñas, para convertirlas en el anhelo, que te inspire a ser mejor cada día.

Son cosas que pido, porqué es lo primero que muestro de mi, te diré mis defectos para que decidas si vale la pena y se compensan con las virtudes.

Y por ello, ya conozco tu sonrisa, tu actitud ante la vida, los guiños que haces cuando coqueteas, la música que te pone a bailar y agrada.

Y prometo ganarme las exclusivas de cada pregunta que te haga, seré quien te invite a dormir temprano, o desvelarnos cuando te visiten las noches insomnes, quien se gane tu confianza, aquel que le preocupe si has comido y te sientes bien.

Y si al final de todo eso que te pido, tu aceptaras, prometo ser la pregunta diaria que te haga encontrarte y el libro abierto en donde quieras reescribirte.

Anda con cuidado.

Ahora que los caminos de nuestra vida se comienzan a separar, solo quisiera pedirte de manera encarecida, por favor:

¡Anda con cuidado!

Abre bien las gemas que tienes por ojos, despabílate antes de salir de casa, mira bien a ambos lados de la avenida y el asfalto que has de pisar, no vaya a ser que tropieces con un obstáculo y te arrolle el pesimismo.

Por favor, te lo suplico, ten cuidado, y observa de manera cautelosa las luces de la plazuela, esas que tienen miradas humanas, que regalan sonrisas, momentos y cariño. No vaya a suceder que dejes atrás un amigo, o peor aún, un nuevo amor, por no saber mirar bien.

Cuida la manera en que desprendes tu aroma, ese que lo impregna a uno hasta contagiarlo de tu locura, cuídate de quién solo robe tu aroma, pero no aprecie tu esencia.

Cuídate de los "cuerdos" que critican tu locura de amarlo todo, ama y que te importe un carajo el qué dirán.

Anda con cuidado, y presta mucha atención, no vaya a ser que al bajar del colectivo te dejes olvidada la valija, y con ella dejes tu sonrisa y la dulzura de tus modos.

Anda, corre y vuela, sueña y viaja, ama y ríe, llora y calla cuando sea debido, cuídate del conformismo de no querer salir del sitio en el que te encuentras. Y cuídate, por favor, de los malos días, pueden robarte el placer de disfrutar las cosas pequeñas de la vida, y con ello la ternura y la ingenuidad que posees.

Ándate con cuidado, no vaya a ser que tropieces con tus miedos irracionales, promete que aquello que lastre tu camino, habrás de soltarlo.

Cuídate, pero no lo suficiente, para volver a tu sitio debes arriesgarte de nuevo, intercambiar nuevas formas de reconocernos ante la vida, conocer nuevos terruños, atesorar más rasguños, amarte y aprender a amar a través y desde la perspectiva de otros.

Y cuídate del pasado, aprécialo como un diario que te ayude a volver a recordar quién eres y por qué eres. Pero no vivas en él.

Liberémonos ahora, ya veras lo bonito que es el mundo cuando empieces a disfrutar tu camino.

Y si te apetece volver, acá te recibo en la playa con los brazos abiertos, para bailar ese vals que nos quedamos debiendo.

Gracias, lo siento, te amo.

Cartas a mi chatita. -Entre líneas-

Hay cosas que nunca te dije, y ya no habrá oportunidad de hacerlo, porqué, tal vez lastime tus sentimientos al marchar de forma tan precipitada, por haber estado intentando olvidarte con personas incorrectas, por ser cobarde y no seguir uno de cada tres pasos que dabas.

No me exigías más, y aún así no di siquiera el mínimo.

Hay detalles que nunca te dije, sobre todo el cómo he de extrañar la manera en que preguntas:
¿Que piensas?

¿Recuerdas? La promesa jurada que hice de hacerte entender los chistes subidos de tono, o todo aquello que no entendieras y estuviera a mi alcance el poder descifrarlo.

Jamás te dije, lo frustrante que será extrañar esa manera tan agri dulce de enmarcarme los defectos. Hay cosas que jamás te dije y no lo haré, porque con toda justicia te has marchado de aquí, porque es estúpido pretender que estarías acá esperando a mi regreso.

La vida sigue, los amores mueren y aquello que nunca te dije, acá lo mato adentro.

Me vienen ganas.

Me vienen ganas, de correr hasta tus brazos y estrecharte en un por siempre. De levantarme contigo al lado y susurrarte un "buenos días" todos los días del resto de mi vida y acompañarlo de un beso tan frágil que no lacere tus carnosos labios, pero con la suficiente fuerza para recordarte a lo largo del día lo mucho que te amo. De salir a correr por las mañanas, los dos, a tu pasito forzado, tras tus pies pequeños e inquietos y en las zancadas enormes que das en la vida, acelerar el paso.

Me vienen ganas de crecer, y arrancarme la camisa y todas aquellas prendas que me hacen sentir desnudo, y quedar desamparado ante la vida misma, en tu reparadora compañía. Me vienen ganas de tomarnos de la mano, y gritar: "Sí, acepto" Acepto la vida misma y todas sus inquietudes, las vicisitudes, los días de frío, los besos, el calor de tu compañía, expandir nuestros universos. De caminar entre calles empedradas de sitios desconocidos, y observar tu rostro sorprendido ante los nuevos atardeceres.

Me vienen ganas de todo, menos de olvido.

Te extraño.

Te extraño.

No para que vuelvas a mi lado, tampoco quiero que consideres que esto es un intento por conquistarte.

Te extraño, para un café y una platica por la tarde, te extraño, para tener esa despedida que no tuvimos, y que me dejo con el sabor amargo de simplemente ser como dos desconocidos, te extraño, para mandarte un mensaje en un arranque de locura, aún cuando exista la posibilidad de que lo ignores y no quieras saber mas de mi, solo quería sacar esto que quitaba mi sueño en algunas ocasiones, simplemente te extraño, a pesar de mis errores, que debes detestar, te extraño, para decirte que jamás mentí cuando dije que te quería.

¡Te deseo lo mejor!

Éxito.

Perdón.

¿Cuántas veces tiene que pedir un hombre arrepentido perdón?

Para convencerle de lo mucho que me dolió fallarle, para convencerle de lo aplastante que es su ausencia aquí en mi pecho.

Para que, sin darme amor, te compartas conmigo, de la manera que gustes, siempre y cuando quieras volver a pasar por esta vida que se tornó monótona y aletargada tras tu partida...

Ajenos.

A mí no me duele verla recostada en otros brazos, no me dolerá ver sus labios sobre otros besos, ni siquiera hay dolor si comparte su felicidad con alguien más, usted no es de mi propiedad, y soy un hombre que le desea lo mejor.

Porque usted cuando llegó era ajena, porque cuando a usted yo la bese, era ajena, y precisamente, supe entender eso, y marcharme en el momento adecuado, porque me dolió verla así, tan ajena.

Cartas a mi chatita.

Día 3.

Y mi chatita partió y por un segundo tuve que darme cuenta que en verdad estaba enamorado de ella.

No quise decírselo porque sería complicado, me preguntaría de los por qué, las razones, cada motivo.

Y entonces yo le diría que me hipnotiza su manera tan sublime de pensar, su hilarante y refinado sentido del humor, la manera perfecta en que sigue mis chistes con contenido sexual. ¡Hasta que grado de descarado he llegado chatita!

Le diría que me hipnotiza su sonrisa que parece decirme: "Todo está bien, si es contigo". De sus ojos de regalo, que son el placer mas bello al momento de mirarlos, porqué me gritan te quiero...

Y respiro el mismo aire que ella en la distancia, y me conforta pensar que al menos por un segundo, la podré tener de frente y decirle con la claridad de esos políticos en campaña, alguna mentira piadosa, y tal vez al caer la noche pueda soltar algún piropo pícaro, y con la transparencia de un niño pequeño le diré, que la quiero y la admiro, que hay noches en que tengo frío y necesito un cobijo. Con la fortaleza del hombre que esta en formación, que me motiva a superarme en esta vida tan loca que compartimos, ¡que la deseo!

Y la deseo en cuerpo y alma...

¿Dónde andarás mi chatita?

La muerte también perdona.

Puede que al final de su vida pudiera reivindicarse, que alcanzara aquella noche entre el aroma de azaleas, lilias y jazmines a reconciliarse consigo mismo y esa maraña de ideas, sentimientos y anhelos que trajo encerrados en su ahora extinta existencia corpórea. Le llegó la muerte, como el granizo que estampa sobre las ciudades que nunca han mirado días privados de calidez, de manera espontánea, sorpresiva, con lasciva crueldad permitiéndose jugar con su último suspiro como lo haría un gato al atrapar un jilguero, le arrinconó ante el abismo de tantas muertes que resignado tuvo que arrojar a la suya.

Así, mientras su cuerpo se entregaba a los caprichos del abismo y a la gravedad misma, en una caída vertiginosa minada de objetos intangibles, sueños inconclusos, amores irresolutos y cadenas de prejuicios, La Muerte suspiraba en su oído todos aquellos momentos preciados que jamás alcanzaron el breve triunfo de la existencia, a causa del jodido miedo al que jamás pudo hacer frente.

- ¿Ya ves? Tantos miedos te jodieron el sueño, la carrera, los proyectos, el sexo en las manos de mujeres maravillosas, tan recto y tan pendejo, ay mi gitano sin libertad. No cogiste por miedo de contagiarte la lepra de Madagascar, no comiste por temor a contagiarte con la fiebre de Huletri, no volviste por miedo al rechazo a tu presencia retornal. Tu falta de valentía y coraje te fue jodiendo la existencia misma, y ahora mueres como si nunca hubieras existido. Irónico que aquello a que no le temes, sea lo que te arranca la vida- le dijo exhalando un aroma pútrido y al mismo tiempo floral en cada gesticulación-. Las manos tías colmadas de hueso frío le acariciaban el rostro, y en cada tacto sentía como de aquel espectro con alas descarnadas surgía un tumulto de gusanos y sabandijas que comenzaron a recorrer su cuerpo.

La idea de morir en vida le pareció nefasta, ¿o acaso era una muerte sin finito?

El hecho de ser consciente de su propia muerte le produjo enormes arcadas, o quizá, permanecía lúcido mientras fenecía, le sometió a violentas convulsiones sentir recorriendo por su espina dorsal la defenestración del alma. Lo abandonaba rasgando la piel cuál si fuera una traza de papel, y en cada ruptura emanaba un pus vomitivo de apariencia negra y lechosa, que comenzó a derramarse lentamente sobre la piltra de caoba necrosando todo a su paso, el ambiente de aroma afrutado pereció, aquella luz que emanaba de la luna fue devorada de pronto por la vorágine del líquido corrupto. Aún estando atado a su lecho, no podía dejar de sentirse en precipitada caída.

De pronto, golpeó contra un mar negro, cuyas espesas olas tenían la densidad de cera que se reblandece bajo la fragua del fuego pero no pierde su firmeza, sin embargo el olfato le arrebató esa ilusión, había en el ambiente una mezcla de todas aquellas cosas que detestaba:apestaba a ardid, a incongruencia barata, sudor de esfuerzos infructuosos, la dulzura de falsas buenas intenciones, un perfume dulce que de manera perpetua le dejó en la boca sabor a mierda. Pese a la bravura del mar el cuerpo se mantuvo a flote al final de tan prolongada caída, todo era oscuridad y llantos de animales, ¿O quizá eran lamentos de ánimas condenadas? ¿Acaso serían los cantares de ángeles? En la repentina oscuridad es imposible percatarse de la realidad en la que se encuentra uno inmerso, los ojos que alguna vez nos develan paisajes, pueden jugar nos malas pasadas, inventándose demonios dónde solo hay vacíos, y el oído se azuza tanto que de pronto oye esas conversaciones que jamás tuvieron principio, y por ende carecen de fin. Así lo comprendió, e hizo el infructuoso esfuerzo de clausurarles la oportunidad de divagar en inventivas demoniacas.

Entonces volvió La Muerte, se posó sobre él como un águila en un peñasco y desgarró con su

guadaña la indumentaria que poseía, el peso de mil holocaustos comenzó a hundirlo lentamente en el cavernoso océano, ya no era la muerte amiga, confidente, ni ángel, era un verdugo inclemente, que comenzó a golpearle con la saña de quién se cobra viejas afrentas del pasado, le escupió en partes del cuerpo en las cuales aún conservaba el tacto provocándole dolorosas pústulas que aumentaron la agonía, para después, tomando forma de mujer tomar su miembro y penetrarse de manera religiosa, aquello fue el comienzo de la muerte dolorosa y lenta, en cada vaivén se le iba la vida, la sangre se le arracimó en el corazón impotente, las ideas se nublaron, la consciencia se desconoció a sí misma, cada tendón del cuerpo reventó preso del estupor, todo fue víctima del dolor que se le atrancaba en ese lastimoso limbo, las constantes vejaciones le hicieron desvanecerse, hallándose en un sueño profundo recreó los momentos anteriores a su muerte.

Se miró caminando con destino a su hogar después de un largo día de trabajo, no tenía siquiera juicio del despertar, su vida era un constante olvidar hechos intrascendentes, días triviales, pedazos de vida colmados de irrelevancia, al llegar al corredor cubierto de mosaico coral pudo ver al viejo perro grisáceo correr a recibirlo con ladridos que se brindan a los desconocidos. -Carajo, parece que después de tantos años, no merezco una bienvenida decente a casa.- pensó para sus adentros.- le acarició de manera comprometida para apagar su ímpetu de guardián. No quiso cenar, en realidad no contaba con apetito suficiente y se negaba a forzar al cuerpo a labores de digestión innecesarias, tampoco durmió, no se animó por conciliar el sueño en ese cuerpo negado al reposo, hasta el momento en que totalmente vencido pereció a los brazos de Morfeo, en una noche triste y gris a su parecer, poca importancia tuvo que los pinceles de la vida hayan pintado la mejor noche de todas, con retazos de Picasso, Monet y Dalí, la ignoró por completo para sólo entonces despertar sintiéndose juicioso de su temprano fallecimiento, mientras, La Muerte culminaba su éxtasis sexual, explotó ululando frases en un idioma arcaico y gutural, salpicándolo todo con sus fluidos de agave rancio pero con resabio de vida aguamiel, el vórtice de la marea lo había consumido casi por completo, sobre el se encontraba La Muerte observando los últimos intentos de un cuerpo inmóvil por no sumergirse en olvido, de pronto en un arranque misericordioso, la guadaña platinada impactó contra su torso y le apago todos los colores del universo.

- Estás muerto en vida, mañana al despertar todo esto será otra pesadilla en el anuario, pero créeme, ahora mismo te he mostrado una de las maneras más sutiles de disminuir a los seres humanos, en nuestra próxima reunión no hay retorno, vive, asómbtrate, ama porque nada de esto existe una vez que te tome de la mano-. Exclamo con voz cavernosa el Ángel de la muerte. Finalmente se esfumó entre el sopor del mar negro que ahora se evaporaba y de pronto se hizo el día.

Despertó envuelto en pasmos y contracciones en el pecho, pero colmado de vida, un deseo indestructible de vivir su propia vida, y no dejarse morir ni siquiera un segundo.

Dulce despedida.

Miércoles 26 de febrero.

"Cómo la necesito. Dios había sido mi más importante carencia. Pero a ella la necesito más que a a Dios.

La tregua, Mario Benedetti.

Con esas líneas siento el alma resquebrajarse, los ojos ahora colmados de esa palidez que provoca el propio abandono han comenzado a tupirse de pequeñas lágrimas que desesperadas buscan salir incurriendo en pequeñas argucias para lograr su cometido, así, me recuerdan nuestro primer encuentro y cómo quede paralizado ante su entonces ignota belleza, ella sólo me tomó de la mano y me hizo sentir especial, bien amado, en libertad absoluta de construirnos a mano y sin periodos de tiempo un amor incandescente, entran de nuevo al cuerpo para buscar allá arriba en la covacha donde atesoro recuerdos, los más dulces momentos que me he gastado a su lado, para con obuses de melancolía atacar mi ahora tambaleante serenidad, pero no cedo, porque me he prometido no llorar más por esta pausa que nos privó del derecho a permanecer en nuestras vidas, ella en la mía y viceversa, o nos somete al menos, a comportarnos como ajenos, no lloro porque es la manera más estúpida con la que cuento para brindarle un homenaje decente a ese esqueleto errante llamado "nosotros" que algún día fuimos, por la promesa de no recordarle de manera triste y pusilánime, ¿algún día habrá de perdonarme? Sé que debe perdonarme por motivos que yo sé, pero ella misma desconoce, o que tal vez ya debe dilucidar, y quizá por ellos y solo por ellos no puede, ni quiere volver a mi lado.

No, sé que lo primero que pensarán es en una aventura fraguada al calor de las copas, pero quiero aclarar que jamás le fui infiel, no tuve y jamás tendría los arrestos, además lejos del arrojo necesario jamás tuve el innato deseo de recurrir a alguien que no amaba solo por las ofrendas de su sexo, en ella lo hallaba todo, y no hacía falta buscar agua en pozos exangües, pero ella se fue infiel conmigo, ¿ven? Primer motivo para perdonarme. A veces los agravios se llevan a cabo contra la persona que amamos, aún cuando no pretendamos elaborarlos.

Escribo porque hoy me he sentido particularmente miserable, el ambiente de paz y estabilidad que ayer disfrutaba producto de la resignación a su ausencia, se desvaneció esta mañana con el buen clima que ayer bañaba a las aires en su incesante vuelo, analogías que esconde la vida, bastó un viento huracanado con su mote susurrando a cada cuadra de camino al colegiado, bastó que entre la gabardina se colara un insignificante pero gélido viento para recordarme lo frío de esta soledad a medias, al menos cuento conmigo, pensé, logrando así sobreponerme y triunfar en el primer asalto de la melancolía.

Entrado a la primera enseñanza, me sumergí en el parsimonioso estado de observar cada herida que el tiempo logró curar pero inmortalizó en la reacia piel, allá afuera discutían de política y sepa Dios qué carajo, adentro y alejado de ellos, observé a detalle aquella a quien yo llamaba mi cicatriz fantasma que a causa del pasar de los años fue tornándose de un transparente carnal hasta volverse casi irreconocible, sin embargo hoy la hallé de pronta manera, parecía estar presta a ser escudriñada, radicaba en la base del dedo índice arañando algunos terruños de esta palma en la que alguna vez aprisioné su mano con toda ternura, su origen es una de esas cosas insignificantes que tal vez le gustaría saber, tal vez fue aquella ocasión en que un guajolote persiguió a mi hermana en el rancho de la abuela en ese patio de tierra bañado con el aroma de las hojas del cuajilote, mientras yo cobardemente salté el alambrado, o tal vez fue una noche en el muelle, en medio del trabajo arduo pude haberme hecho daño, y solo tal vez, habría de sonreír ante aquel

relato cobarde, o abrir esos divinos ojos como platos, ante la reseña del peligro pasado. Tal vez, sonreiría cómo solo ella sabe, iluminando por completo la sala de estar, para finalmente ir durmiendo en mis brazos aletargada, tal vez, solo tal vez debo dejar de pensar en "nosotros".

Volví a esa monotonía de escuchar, resolver ejercicios y escuchar opiniones, cuando la voz del profesor preguntó por mi estado, -Te noto preocupado- exclamó en un tono paternal. -Todo bien, muchas gracias. Mentí como mienten aquellos que no quieren enfrentarse a su realidad.

Participé con brío para al final del día recibir un grato reconocimiento de aquellos que me rodeaban.

-Eres muy bueno, solo te falta ser más constante. Dijeron en un tono que me tocó e inyectó el alma con ínfulas de una grandeza moderada.

-Lo sé, estoy luchando con la idea de no abandonar cuando se compliquen las cosas o me hastié de ellas. Exclamé en un tono que pareció convincente a todos ellos que me arrojaban.

¿Verdad qué sabrás perdonarme el hecho de no ser constante? Al momento de quererte, de mejorar, de acercarnos cada día.

Retorné a esa melancolía, mientras me hallaba de vuelta a casa, entró en mi ese sentimiento de sentirme ajeno, de sentirme monótono y repetitivo, como el dejavú de una vida grisácea, sé que faltan tres años para cumplir con este miserable requisito de obtener un cojudo papel que me pueda ayudar a aspirar a un empleo mejor remunerado, con más valor curricular, y todas esas putadas que someten a los adultos a una vejez miserable y preocupada. Sé que faltan tres años para correr a cualquier parte del mundo en que se encuentre, y establecerme a su lado, pero en el fondo, su silencio lacera las ilusiones, ese silencio insoportable que deja su sutileza de no pretender dañarme, aunque sus actos repitan a cada instante que ya es ajena, por lo menos al nosotros.

Y no dejo de pensar en lo felices que fuimos, y la manera en que disfrutábamos del placer de nuestra compañía, hasta esa maldita noche que volví a dudar, y le llené de dudas inquisidoras, desatando el comienzo del ocaso. Fue repentino, de golpe, parece que comprendió que jamás mejoraría nuestro estado irresoluto, nuestra manera de querernos y discutir por esas trivialidades que mermaron lo que fuimos, que por más amor que tuviera aquello era un sinsentido. Y me dijo de golpe: "Te amo, pero debo irme. Porque es más el amor que tengo por mí, espero que puedas hallar a aquel hombre maravilloso del que me enamore, pues yo no pude rescatarlo".

Y comprendí así el motivo de mi melancolía, estuve a nada de rescatar a ese hombre, a ocho días de salvar el amor de mi vida, de hallarme en el camino y pretender un reencuentro prolongado por los constantes vaivenes, por esa promesa rota de reconstruirlo todo cuando las cosas se complicarán, y de pronto dos lagrimas acariciaron mis mejillas en busca de darme consuelo.

¿Verdad qué sabrás perdonarme el no cumplir con mis promesas?

Y me cruza por la mente aquella frase inmisericorde de la Rayuela de Julio Cortázar: "No puede ser posible que estemos aquí para no poder ser". Y dos lagrimas más escapan de su blandengue prisión.

Inmarcesible.

Solo era cuestión de verle, para entender que era como el arte que se cuela por los ojos, hasta hacerte sentir algo que te oprimía el pecho sin razón alguna aparente.

Y ese sentimiento es inmarcesible, inevitable, solo hacía falta mirarle a los ojos para tener esa extraña sensación de poder amar sin miedo alguno por un segundo, aunque fuera a la persona equivocada.

Cuando nos volvamos a encontrar.

Cuando te vuelva a encontrar...

Habrá pasado el tiempo sobre estos ojos que se llenaban de auroras al contacto con los tuyos.

Habremos visto nuevos amaneceres, como aquel que observamos al amarnos frente al mar.

La vida no se detendrá ante el paso del tiempo sobre mi cuerpo endeble, y yo podría quererte toda la vida a causa de lo que vivimos juntos, pero te sigo queriendo porque ganaste el que te quiera toda una vida, juntos o por caminos separados.

Te suplico que no me busques, yo habré de encontrarte a su debido tiempo.

Nos perderemos en una plática amena, intentando ponernos al corriente con tu café favorito, con mi chocolate preferido, te contaré de la vida, me reiré del clima en tu ciudad, de las anécdotas que nos va dejando el tiempo.

Y rondará en nuestras cabezas el ocaso de un "pudimos".

Pudimos haber sido tanto, pudimos haber sido el aire que acariciaba todo en la mañana, pudimos ser verbos por escribir en nuestra historia, aves en vuelo con dirección al mismo destino, pero entiendo que hay cosas que es mejor que tengan fin.

Cuando nos volvamos a encontrar, habré de recibirte con un abrazo con la misma ternura de aquel último que te di, es que uno vuelve a los lugares donde amo por primera vez la vida, uno siempre ama ese cuerpo donde se alojó por primera vez.

Cuando nos volvamos a encontrar, espero hallarnos más completos, con nuevas risas, con las miradas cargadas de nuevos recuerdos.

Gracias a la vida por habernos encontrado, sé que cuando nos volvamos a encontrar te abrazare con el mismo cariño, y nos reiremos de ese frágil pasado que se resignó a perdernos.

Así.

Tendrá que ser así, mujer hermosa, tendré que conformar a mi espíritu y hacerle entender a estas manos que solo podrán tocarte cuando me atreva a plasmarte entre líneas.

Mi consuelo será imaginar tu sonrisa bajo la misma bóveda celeste que compartimos, aunque yo aquí te escriba junto al mar y tu allá, a leguas de distancia, me leas bajo cumbres milenarias, y tal vez, solo tal vez, espere las instantáneas que me permitan mirar el color de tus labios enmarcados entre aquellas comillas que se forman cuando sonríes, y será mi mayor delirio. ¡Por qué mujer, que hermosa te miras al sonreír!

Y ni hablar de tus ojos color tornasol, esos que con ternura dicen: "Animo, es tan solo un mal día, mañana será mejor". Y no porque lo pretendas, estoy seguro de que al caer la noche, no te encuentras pensando en mí.

Supongo que tendrá que ser así, me encontraré escribiendo cuando te encuentre en la vida, allá en la sonrisa de un niño, allá en el canto de las aves que reciben al día, allá en la forma de procurarse de dos jóvenes que se comienzan a querer.

Y es que eres hermosa, y no hablo del estado que se marchita con el paso de los años, cuando te observo veo más allá del físico, hablo de aquello que emana tu ser, la alegría que desprenden tus sonrisas, esa vibra que transmites en cada acto de tu día, y mirarte disfrutar del placer de ser amor a través del otro.

Tendrá que ser así, tendré que ser ausencia, porque así lo dictó la vida.

Y tal vez algún día, puedan coincidir los hilos que manejan nuestro destino y enredarse un poco, hasta que la ausencia se convierta en pláticas que revelen nuestra humanidad, e ir mermando la ausencia, hasta encontrarse tan presentes, que tal vez, solo tal vez, ya no tendría que ser así.

La playa.

Capítulo I

Ahora mismo estoy lejos de La Playa, a distancia de por medio, a días de zozobra que de manera callada se convirtieron en meses, después de aquel incidente que la convertiría de un recinto edénico a recuerdo perenne e inmortal de mi constante tormento. Hace tanto que no postro mis pies en su arena, ni miro sus olas cabalgar sobre el proceloso mar hasta estrellar en su silueta cuneiforme, o tan siquiera mirar los astibos y remanentes de sus alborados amaneceres.

¿Cuántas veces no habría estado en esta condición? Plantado como las raíces del roble más viejo de la ciudad a este tugurio de mala muerte, ebrio entre el escocés adulterado, el deslicuecente humo de cigarrillo, las voces que con sorna hablaban de aquellos temas que apenas logran entender, el blues en la distancia, los pleitos que por cualquier miniedad surgían y de manera precoz caducaban, sumergido en este estado que culmina siempre con el mismo resultado: extrañarla tanto hasta sentirme miserable.

No piensen ustedes que esta conducta es premeditada, en realidad obedece a una progresión de hábitos que irán minando esa falsa algarabía que te otorga la bebida, la música, los juegos de azar y la maldita falsedad de un alma que constantemente juega a engañar su naturaleza. Llegar a aquel tugurio ubicado en la Calle Gorjeos del cuál he sido cliente asiduo debido a la irónica analogía entre sus costos(que permiten embriagarme cada día de la semana sin caer en bancarrota) y su lastimoso aspecto. Saludar a un impecable Leonel Uribai, dueño del mismo. -Buenos días señor Troncoso, le tengo lista su mesa -En ese tono de condescendencia que en otros tiempos me habría resultado grato.

-Muchas gracias Leonel, ¿qué tal el día? -Preguntaba de manera casi obligada, por el sentir de al menos intentar fraternizar con aquel sujeto de mirada diáfana.

Cuando la ocasión lograba ofrecernos un tema con capacidad de seducirnos, nos sumergíamos en él con el oficio de un buzo, los debatíamos, alzábamos la voz, deliberábamos, concordábamos a ratos, para finalmente celebrar con un escocés en las rocas e ir a casa pensando qué tal vez, solo tal vez, Leonel no era un sujeto tan soso, esas veces eran las menos. Las más, eran apenas un saludo comprometido, forzado, quitarse el sombrero para saludar mientras aquel sujeto se dedicaba a atender las consecuencias que bien habrían de sufrir un par de rijosos.

Sentarme en aquella deplorable mesa que poseía la inestimable valía de ser la más cercana a la gramola, para desde ahí observar aquel extraño ritual que estaba próximo, los caballeros que se dedicaban a las partidas de póker, alzando la mirada cuando una moza de buen parecer pasaba con natural galantería a su lado, por otra parte las mujeres encandiladas en sus vestidos que dejaban a desear toda su feminidad se revolvían en su secta secreta y se embriagaban entre risas y pláticas, era interesante advertir como a cada trago se daban permiso de ser putas, ¡cómo si no lo merecieran! y bailar sobre la mesa, para entonces paulatinamente coger valor y entonces las más valientes de ellas a paso acuciado se presentaban en la mesa de los caballeros o ante algún varón solitario de su agrado y le invitaban un trago, a bailar, a conocerse, a su cama, a la noche o su vida. La mayoría de veces emergían triunfantes y se retiraban de puerto con las naves pletóricas. Pero ay de aquellas que sentían en su calamocano cuerpo el ardor del desprecio, las vi llorar a mares la urticaria de ser desdeñadas por un extraño, hinchándoseles el alma de cuestionamientos innecesarios, pobres criaturas.

Cuando el tango sonaba a entradas horas de la noche, era pecado capital perderse el espectáculo

que estaba por venir, en la pista las mujeres se desparramaban en actitudes provocativas, los varones adoptaban la postura que toman la bestias de caza, abordándolas con estrategias que a mi parecer resultaban entretenidas de ver, muchas ocasiones el bailarín más hábil era quien tomaba la cintura de varias, para finalmente retirarse a casa con aquella cuya sinergia tendría continuidad en otros lares, ante la envidia de todos y el desánimo de algunas. Otros de manera más calma se dedicaban a charlar, conocer, crear un vínculo con aquella desconocida, en un estado que parecía más una partida de ajedrez, en la que el ganador podía llevarse todo o partir resignadamente al olvido. Para aquellos pardillos en crear idilios de una noche, siempre surgía la posibilidad de embriagar a su pretendida en una estrategia que requería una paciencia suprema, para con suerte ser aceptados en la intimidad de un "nosotros" espontáneo corrompido por el aguardiente, y el tequila, y las diez cervezas de por medio, y entonces se declaraban unos machos y se disponían a consagrar el acto supremo al que aspiraban en esas noches de juergas. Y allá en el fondo, iban quedando los despreciados, los cobardes, los indiferentes y de repente alzarían la mirada y en una tímida sonrisa se harían un cómplice convite.

Observar todo aquello, anclar en aquella mesa, escuchar el blues, el jazz, el tango, embriagarme hasta que los bolsillos lo permitieren, emprender el camino a casa y mirar los árboles de la calle cuál una obra de Monet, o a veces de Picasso, o cuando la pinche vecina gorda asomaba su adiposo cuero por la ventana, juro que el mundo se me transformaba en una obra de Botero, todo ello parte de un círculo vicioso del cual me era imposible salir y sin embargo así transcurría la existencia, sin sobresaltos, en una invariabilidad aceptable para mi estabilidad. Sin embargo, algunas noches lograba zafarle la muñeca a esta monstruo amorfo llamado monotonía, sometiéndole y golpeándole hasta dejarle inconsciente y ahí mismo surgía mi consciencia. Y me otorgaba la libertad de danzar de manera pasmosa, o cantar aquellas melodías emotivas en la voz de Javier Solís, o finalmente escaparme con esa morocha de nombre André, dueña de unos senos exquisitos coronados con unos pezones aceitunados para besarle cada parte de su cuerpo color azabache, y finalmente después de coger, fumarnos un sorullo tras otro y platicar de cualquier tema que nos viniera en gana, solo por el egoísta placer de al menos por una noche sentirnos escuchados. Y esas noches eran las buenas para el alma, porque al mirarme al espejo me sentía más hombre y menos miseria, menos caja de Pandora, menos defectos. Pero bastaba apenas un error para caer en aquella debacle a la que tanto rehuía, bastaba que aquel órgano sinhueso que habitaba mi macilenta boca se enredara al pronunciar una palabra que coincidiera con la inicial de su bien amado nombre, y entonces alguien lo notaría. Y a pesar de intentar remedar el yerro con una anécdota gris, una fémica voz habrá sin mucho esfuerzo de convencerme a terminar aquello que he comenzado.

Y así, mientras Janis Joplin resuena en las cuatro paredes de aquel sucio cuchitril, yo me dispongo a narrar los días que pase a su lado.

"Cry baby, cry baby, cry baby, honey, welcome back home"....

La playa.

¿En qué piensas? - Lanzaba las palabras con una voz amildonada que te acariciaba con solo escucharla. Esta poseía a menudo un dejo de incertidumbre provocado por el hecho de que la observará de manera casi religiosa.

Y entonces tendría que abstraerme de mis observaciones, de la manera en que su cabello castaño caía sobre aquellos hombros que eran el paraíso para este hombre después de un largo día. Porque honestamente estando a su lado, todo lo malo expiraba, perdía valor en mi vida, y solo podía mirarla, juro que podía mirarla por días, meses o vidas, sin dejar jamás de apreciar la belleza que emanaba.

-Nada- mentía, en una morisqueta que ella seguramente tenía descubierta desde antes de su nacimiento. -Es solo que me parece una estupidez que el alcalde pretenda destronchar toda la Avenida Victoria con argumentos estúpidos.

Preambulo de aquello invaluable, entrábamos en un coloquio sobre política, religión, la vida, el arte, la danza, el sexo, la reencarnación y nuestros labios hablando por nosotros, como pidiendo disculpas cuando las grescas se salían de control, los besos que siempre nos dimos para zanjar cualquier marca a nuestro orgulloso carácter.

La conocí en un verano atípico, huracanado, con ráfagas de vientos gélidos que nos legaron unas temperaturas excepcionalmente bajas para una urbe acostumbrada a la humedad y una canícula eterna. En una de esas numeradas tardes en las que el tiempo se comportó afín a la naturaleza que le era natural me surgió la inquietud de asistir a la Galería Las Minervas, algún joven prospecto exponía sus bocetos más destacados. Admito que incluso pese a no ser ferviente seguidor del arte y por ello no pretendiendo comportarme como juez o verdugo del mismo, desde el primer hasta el último cuadro me parecieron insulsos, aborrecibles, un abigarrado de ideas desesperantes, me pareció un aberrante insulto la exposición que se asemejaba a un crío jugando con los pinceles y el óleo.

Pronto a abandonar la exhibición, hizo su entrada triunfal la obra de arte más bella que han visto mis ojos en vida, una escultura perfecta, allá donde debía sobrar el ampo del mármol le adornaba una piel canela soberbia, cubierta por una camisa blanca que parecía desleírse con su existencia por si fuera poco, esa falda dejaba al descubierto y resaltaba un soberbio trasero, andaba con la seguridad de aquellas obras que se saben esculpidas por alfareros supremos, y de pronto, me descubrió embelesado mirándole, jamás voy a olvidar aquella sonrisa torcida que me dirigió, tenía un efecto analgésico que me curo quién sabe qué chingado dolor... pero le dio alivio.

Entonces, supe que era arte.

Le perseguí por cada pasillo de aquella exposición, observando como sus ojos apiñonados se detenían y escudriñaban cada lienzo, y era como si se plasmará en ellos, porque evidentemente, los colores tomaban matices fulgurantes y metálicos, sobresalían y se elevaban después de someterse a su encantadora presencia, y entonces, el verde que antes me había parecido insípido, ahora me recordaba las altas montañas de Lújame, acompañadas de su clima frío y el delicioso café que se allí se cultiva.

Preso de una indecisión que sospecho me fue entregada de nacimiento, transcurrí una galera tras otra pisando los mismos sitios que ella había adornado con su presencia, acariciando el suelo con las botas de cuero negro cada sitio en ella se posó, como si cada pisada, fuera una caricia que le brindaba, mirando las mismas obras insípidas que ahora me parecían verdaderas joyas, dignas del Louvre, finalmente, cuando él desazón de sentir que al abandonar aquel edificio de paredes color

salmón le perdería para siempre, entré en la disyuntiva de tocarle el hombro y hablar, no sabía sobre qué tema.

- "Ya se te ocurrirá alguno -pensé-, así tenga que inventarme cualquier estupidez."

No podía sopesar el perderla esa tarde teniéndola a mi pleno alcance, por cobardía, para después rogarle a un Dios que jamás atiende mis súplicas, por otra bella casualidad le pusiera en mi camino, en aquella ciudad colosal. Finalmente, cuando se detuvo a mirar un lienzo que se asemejaba a un enorme torbellino azul, acerqué mi humanidad hasta su seráfica presencia, ella me miró con el rabillo del ojo, pero inmediatamente posó sus ojos en el azulado bosquejo, era como si esperara algo proveniente de mí, un acto de valentía.

-¿Será acaso qué aguarda algo de mí? -repetía una y otra vez la incógnita para mis adentros, mientras buscaba las palabras adecuadas para iniciar la conversación- ¿Acaso espera que toque a la puerta de su presencia, para inmediatamente corresponderme?

Un guiño suyo cargado de desdén pulverizó mis ilusiones, las mandó a tres pies bajo el suelo, les quemo las alas como lo hacen las lámparas de queroseno con las polillas curiosas que acuden a posarse sobre ellas, sin embargo, allí entre el hollín de las alas chamuscadas, la ilusión seguía viva y dispuesta a jugarse el restante vigor.

- ¿Qué opinión le merece este cuadro? -solté de golpe las palabras para que el nerviosismo no me hiciera una mala jugarreta. Justo en el momento que dispuso a detenerse para observar un cuadro triste y con bordes que se teñían de muerte.

Sobresaltada por mi repentino entusiasmo, tomó de manera refinada el aire que había perdido a causa del espanto, sonrió, y pude notar que en sus hermosos pómulos se asomaba el color alegre de los chabacanos maduros, y allí al final de las comisuras de los labios, aquellos pequeños hoyuelos que me parecían las comas más bonitas que leído, y pude notar que arriba de los ojos, unas pestañas preciosas te regalaban un encantador saludo cada vez que parpadeaban, ¿o sería acaso una despedida?, finalmente, cuando hubo retomado el control de la situación, me dirigió su respuesta con parsimoniosa voz.

- Me parece que le ha tomado demasiado tiempo tomar valor para dirigirme la palabra -al terminar la oración, su voz estaba inundada de coquetería.

- Lo siento, lamento en verdad la demora -la voz, mi energía y mi actitud habían adquirido una seguridad natural, similar a aquella que proviene de conocer a alguien de antaño - Solo no hallaba el modo de acercarme a alguien como tú.

Sonríó con esa luz que te irradia todo, como si de un momento a otro, yo hubiera dejado de ser una persona y me hubiera convertido en un globo de Cantoya, elevándome sobre las tejas del museo, y ella en mi centro, aparecía iluminándome.

-Tienes suerte, justo hoy inauguraron el Café Herrero -su voz poseía ahora un dejo de dulzura con sabor aguamiel, un toque de complicidad -podrías acompañarme, y juntos, compartir un café esta tarde.

Considero innecesario aclarar que acepté sus intenciones de manera expresa. Apenas salimos de la Galería emprendimos el camino al sitio que en el futuro y para siempre sería nuestro recinto sagrado, caminamos en silencio a veces, otras, ella se adelantaba mientras yo admiraba su grácil andar, platicábamos de los sucesos y personas que veíamos durante nuestra marcha, así, cruzamos el Parque Central, subimos por Isabel Allende, para después detenernos a observar el jugueteo de dos infantes con un canino de un negro azabache en la fuente de Afrodita, finalmente, llegar a Neruda entre la Cuatro y la Seis, la cafetería resultó un edificio cuya imagen pretendía imitar las boulangerías francesas.

Esa tarde pretendimos hablar de esas cosas que son elementales para que la confianza germine y cumbre en dos desconocidos, la intención de abandonar ese estado o permanecer en él. Y dejarlo todo para un después. Pero, con el pasar de los minutos se fueron añadiendo risas, anécdotas, una dosis de miradas colmadas de afecto, los centímetros que separaban su existencia de la mía fueron reducidos de a poco, las manos que se buscaban desde vidas pasadas se encontraron, y los besos de medialuna que se quedaban irrumpidos por la risa nerviosa, se convirtieron en ósculos infinitos...

- ¿Por qué tiembles? -exclamó mientras besaba mi nariz, sumergiéndose después en una carcajada sonora - ¡Estabas temblando al besarme, pude sentirlo!

Callado, le besé la frente, admitiendo el delito que acusaba y la acurruque en mis brazos. Ciertamente, aunque estar a su lado me traía una paz duradera, besarle era vibrar contra el paredón que se interponía entre sentir y existir.

Así entró en mi vida, de manera improvisada, sin planes o vacilaciones, una mañana preparo el desayuno, una tarde después de pasear en tranvía por el bulevar organizó una fiesta de té para dos, y finalmente, una noche después de cenar en casa, resolvió quedarse a dormir para no irse de mí. Así, aquel viejo departamento con paredes descascaradas tomó de pronto la apariencia de un hogar, en los anaqueles vacíos no quedaba espacio para un tomo más, el destartado mueble café fue pronto invadido por prendas de mil colores, había siempre sobre la estufa un cariño incandescente, y allá, la vida se me minó de besos improvisados, de pláticas bajo la plateada luna, de confesiones matinales, y demostraciones de afecto de envidiable espontaneidad.

La Infanta entró a mi vida como los huracanes entran a las ciudades costeras; dio señales del porvenir, y finalmente, una tarde de agosto entró a mi glorioso puerto acometido por la sequía, de afecto, de besos, de una buena mujer, que evidentemente ella era. Y entonces, en la unión comulgada bajo esas cuatro paredes, le descubrí en cada costillar una terraza acompañada de sus lunas, para pasar las noches, y en su cadera descubrí la costa a la que habría de aferrarme los domingos de pereza, y en la orilla de la cama casi al borde del precipicio, tomado de su mano me ayudaría para salir a comprar algún vino barato y disfrutarlo con bocadillos y prosciutto.

A veces cuando el ocio le sometía, organizaba peleas sin sentido, se arrojaba valientemente y debatía por cualquier minucia, tratando de retar mi carácter condescendiente, me gritaba con intención de no hacerlo, tiraba de mi brazo de manera enérgica, yo seguía el juego hasta que me percataba de la manera en la que sus mejillas se encendían y la manera en que su nariz se fruncía y entonces arrojaba sin pensarlo alguna frase espontánea: -Si vieras cómo se iluminan tus mejillas cuando haces corajes -le decía mirándola con toda la afabilidad que tenía cabida en mi alma. -Si vieras que te amo, de manera completa.

Y ella sonreía, colocaba el mechón de su cabello que había salido de lugar y suavemente me reclamaba:

-¡Oye, estamos discutiendo! ¿Sabes que en una discusión no puedes decir eso? - hablaba como un niño pequeño al cual descubren en una travesura pequeña.

Y entonces nos besábamos y ese asunto de la batalla ficticia quedaba zanjado.

Alguna vez discutimos de manera fuerte por los mismos motivos, recuerdo salir de casa, grite que no podíamos seguir así: discutiendo por estupideces.

Al volver a casa, noté su maquillaje corrido por las lágrimas que escurrieron por su suave rostro, se adelantó para besarme e intentar disculparse, pero la interrumpí.

-Te he traído flores- exclamé, mientras enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos diáfanos -tenemos que resolver ese afán tuyo de levantarte liosa.

Le besé como si hubiera de por medio diez años de ausencia, entramos a la casa e hicimos el amor...

Mi historia no tiene oficio.

¿Qué eran, para un hombre de sesenta y siete años junto a una muchacha de una sola noche, la inteligencia, la cultura, la barbarie?

Yasuri Kawabata.

Solo dos veces he entrado a un putero, solamente un par de veces en lo que llevo de vida me atreví a transgredir todas mis barreras mentales, entrar al tugurio y al compás de luces de neón y la música que acompaña a la mujer que ejerce de prostituta desvestirme cada uno de los tabúes baratos que se alojan en la mente, al ritmo que su ropa caía al suelo.

La primera fue similar a todas esas tantas cosas que se viven por primera vez, pero no se disfrutaban por temor o desconocimiento, quizá por ambas, porque el cuerpo se engarrotaba apenas se descubría frente a la experiencia ignota, cada poro y nervadura se sometía a un rigor increíble, similar a aquel que siente uno al coger por primera vez, o el primer beso que dimos, o aquella vez que una mujer de cuerpo voluminoso se acercó a su servidor para ofrecerle a mi padre un dominó a cambio de un inocente beso, tendría yo alrededor de seis años y mi inocente reacción fue esconderme debajo de la mesa hasta que el amazónico "peligro" pasara, dejando a mi padre sin dominó y sin poder presumir que su hijo era todo un macho calado, sabrá Dios por qué las manos y el cuerpo no responden a los actos pretendidos, ¿o es quizá que la pretensión de un acto al que no sabemos responder lo que nos limita corpórea mente?

Recuerdo llegar después de diez, quince, doce tragos, una o dos botellas de ron o brandi (ahora mismo mis recuerdos de esas noches son difusos), un taxista en su rancio Tsuru cuya pericia al volante habría de combinarse con la vigilia constante de que ninguno de los pendejos que pedimos la corrida hiciera las aguas o volteara el estómago en su unidad, en fin, quién carajo sabe cuánto alcohol fue necesario para dejarme arrastrar hasta aquel sitio cuya apariencia vomitiva le arrebató el carácter siempre benefactor que otorga la novedad, solo bajar del vehículo y trastabillar al intentar subir la banqueta supe que no tenía más cabida en mí un solo trago de alcohol, Marco P. y Adrian S., mis acompañantes e incitadores en esta aventura nocturna se dirigieron con pasos anquilosados al encuentro de dos personajes orangutanescos trajeados impecablemente en negro, aquellos sujetos colosales que decidían la entrada y en cuya figura recaía la resolución de cualquier desmán en el sitio, parecían así, apelmazados como se encontraban, a la luz de la luna y una óptica desfigurada por los estragos del alcohol, el Cerbero que vigilaba la entrada de aquel Hades terrenal.

Dentro el ambiente era desolador: decenas de corcholatas nadaban y permanecían regadas en un siempre húmedo piso color hueso mamey(seguramente por el derrame de la dorada cerveza), las paredes roídas acentuaban mis sensaciones negativas, en ellas se prendían carteles con la silueta de mujeres imposibles acompañados de letras al rojo vivo que develaban la compañía cervecera para la cual fueron hechos, pero el mayor oprobio, la mayor afrenta a mi lasciva expectativa no la derruyó el notar las luces de neón apenas funcionales, ni el baño pestilente al acre de la orina que se regaba por todos sitios, el mayor madrazo a la inventiva fue notar aquel sitio carente de las Amazonas exuberantes que habría podido vislumbrar en mí tergiversada imaginativa, bastó caminar del umbral a la mesa que habría de ser nuestra por un corto periodo, para percatarme de que allí había mujeres de todo tipo, menos alguna que resultara atractiva a los cánones que figuraban en los calendarios y carteles que habitaban los muros, las había en extremo delgadas cuyos pezones saltantes perforaban el sostén, las otras, escapadas de un cuadro de Botero, completaban el

grueso de aquel pequeño harén.

Sentados en la pequeña mesa de aluminio con el estampado de una compañía refresquera, Marco, el que más estaba hasta la madre, y sin embargo, el único que deseaba seguir chupando, se había recostado en la mesa con la actitud despreocupada que suelen adoptar los borrachos, para milagrosamente reincorporarse cuando llegó el mesero, un tipo con los pelos engominados con una torva sonrisa que lejos de contagiar hospitalidad te hacía querer meterle un madrazo para quitarle de enfrente para siempre, para fortuna, después de que el criaducho nos ofreciera una promoción de diez o quince medias de una cerveza que sabe a agua rebajada con miados (Cerveza Sol, le llaman) con privado incluido por un precio irrisorio, y después de colocar las heladas en la mesa, no volvimos a notar su presencia en toda la noche (por ese pésimo servicio y su grotesca apariencia, se hizo acreedor a pura chingada como propina), Marco tan pedo como estaba levantó la cabeza para colocar frente a él, Andres y un servidor, una cerveza destapada al tiempo que decretaba: -A chingarle cabrones,- con una actitud que nos obligaba a levantar los envases para improvisar un brindis- que hoy salimos hasta la madre. Andres me lanzó una mirada de hastío, él tampoco quería estar ahí, francamente era un tipo bien parecido, la nariz aguileña, los ojos de miel oscura, la barba bien recortada con matices pelirrojos, todo eso acompañado de un apellido franchute y una seguridad casi arrogante le hacían conseguir en cualquier sitio al que fuere una amante de una noche, aquella noche antes de salir del Bohemian con destino al putero, estoy seguro se había enganchado con una de esas cholitas de buen cuerpo que abundan en los antros y bares, para bailar con sus cuerpos soldados en lascivas intenciones, y finalmente, abandonarla cuando esta más dispuesta estaba a largarse con él a un motel barato y plañir por todos los pecados que la humanidad esconde, en una demostración de lealtad a nosotros sus amigos: Marco que no había conseguido nada que cacharse aquella noche (al igual que yo, con la diferencia de importarme un carajo) propuso marcharnos a un sitio más adecuado para vaciar la calentura reprimida que tenía cabida en su colosal cuerpo, Andres aceptó a regañadientes y yo, que era la quinta rueda del vehículo, seguí a ambos. En un tiempo que Marco levantó para vaciar la vejiga, Andres me realizó casi en el tono que se dirige el confidente al padre, que quería largarse lo mas pronto de ese sitio, así que desarrollamos un plan para primeramente, dejar de beber la repulsiva cerveza, aparentar mermar las que aun flotaban beligerantemente en la cubeta y finalmente largarnos a casa, básicamente consistía en destapar cervezas y aparentar tomarlas gustosamente, para en cuanto Manuel cayera sobre la mesa o se levantara al baño, azotarlas en el trasto con el culito hacia arriba, cuya señal advertía que nos las habíamos mamado hasta la ultima gota. Hecho este pacto nos dedicamos a medio disfrutar del espectáculo de nudismo que allí se brindaba en una pista de acrílico azulado con un tubo platinado desairando de vez en cuando a algunas féminas que mientras te mordían la oreja te insinuaban en un tono orgásmico: "Papi, ¿no me invitas una cerveza?, pasaron dos o tres a bailar hasta que una de ellas captó mi atención sacándome de mi animadversión, era una moza de entre 25 o 30 años, del bando perteneciente aquellas que parecían escapadas de la obra de Botero, pese a su sobrepeso andaba de manera grácil en unas zapatillas de cuero negro, cuyo tacón me hacía recordar un enorme rascacielos, el cabello negro rizo lo retenía un liguero con dos piedras de utilería, en su rostro, los ojos de cachorrito brillaban en la obscuridad intermitente, quizá fue ese rasgo el que me hizo fijarme de manera endemoniada en su rollizo ser, alguna vez en un libro de Ignacio Trejo Fuentes leí que las prostitutas compartían para él una característica específica: Todas tienen el cabello hecho mierda, un estropajo, incluso la más bonita o la más buena. Para mi, la principal peculiaridad eran los ojos, parecía que cualquier brillo o fulgor les era excluyente, y entonces cuando te miraban no podías ver más allá de tu reflejo, quizá era un método para colocar cortinas ficticias en lo que muchos consideran las ventanas del alma, y de este modo no regalar el mínimo atisbo de lo que fueron en esta y otras vidas: diosas coronadas, amantes sublimes, Matas Hari o presidentas de la nación, madres abnegadas, católicas fervientes.

Sonia,(ese era el nombre al que respondía conmigo esa noche la muchacha que me agrado tanto a

la vista) tenía en su vientre abultado y rosáceo la marca disimulada de la cesárea, llego intempestivamente y se sentó en mis piernas mientras daba un trago a la cerveza que ya había comenzado a calentarse, -Descuida, esta va por mi cuenta.- exclamo con una sonrisa nívea. La naturalidad de sus palabras y la coquetería que imperaba en cada inflexión me dejaron fascinado, yo virginal y de masa corporal raquítica me convertí de pronto con ella en mis piernas de cáñamo, en un hombre con la experiencia sexual que claramente me era falta, de pronto me encontré sorbiendo su saliva al tiempo que mi lengua y la suya se revolvían en una especie de lucha grecorromana, cuando sus manos menudas tocaron mi miembro aquello fue el comienzo de un proceloso frenesí, mis manos se sumergieron en la divina tarea de encontrar su clítoris, ese dulce botón que activa la felicidad o al menos los placeres instantáneo, una vez hallado, palpitante y húmedo, me dispuse acariciarlo por encima de su ropa interior, mientras Sonia magullando pequeños y suaves ronroneos me acariciaba el cabello con sus dedos raudos, ensortijandomelo, tejiendo pequeñas trenzas, mordíendome los labios y aferrándose a mi rostro y espalda con sus uñas, finalmente la magia pareció desvanecerse de pronto, aquel peso de aparente ¿felicidad? se hizo ausente de mis piernas, Sonia se excuso: -Me toca bailar, flaco- exclamó con la misma sonrisa que podía someter a dos feroces leones, la nostalgia que de pronto había alojado una parte del ventrículo derecho de mi corazón desapareció por completo con aquel beso aguardentoso que me dio.

Verla en la pista desprendiéndose de cada una de sus prendas fue un acto magnifico, bailó para mí en la esquina de la pista que estaba frente a nuestra mesa, en demostraciones de una flexibilidad ignota pude ver las nalgas torneadas y firmes que había sentido con anterioridad, su sexo durmiente cuando se despojo de su ropa interior (negra por supuesto) colocándose a cuatro extremidades y transitando así sobre su propio trance de sensualidad vertiginosa por el ancho de la azulada pista finalmente, apoyada en una silla se despojo del brasier y lo arrojó de manera galante a mi persona, dejando al aire los senos de Venus, firmes y bien torneados, en la luz del local y el delicuescente humo del cigarro, los pezones adquirirían una sensación de ser confeccionados en tela oropelada, recuerdo verla bajar del escenario, recoger su sostén y retirarse tras bambalinas, en esos momentos Andres, vaciando la última cerveza en la tinaja, me coronó como beneficiario del privado y para no demorar más la marcha de aquel sitio escogió a la primera mujer que tuvo al alcance, no recuerdo su complexión, ni sus manos, carencia del fulgor en los ojos y percatarme de ello me hizo reconvertirme en aquel ser virginal, temeroso y mojigato, nada de sus argucias funcionó para sacarme de aquel limbo, aquellas dos canciones resultaron un martirio, finalmente se levanto y yo agradecí al señor el término de aquel acto ridículo, cuando pedí la cuenta y el mesero llegó, todo en mí estaba preso del encoleramiento, lo cual, sumado al repentino cruce de miradas con Sonia en cuyo rostro noté un dejo de desencanto, hizo que lo tratara de manera déspota. Quizá pasaba por su mente la traición a la que fue sometida nuestra descubierta sinergia. Quizá en el fondo le dolía perder un cliente por el cual había batallado tanto, da igual, fuera como me viere, aquella noche debía terminar entre nosotros dos, en el taxi de camino a casa me sentía miserable, apenas llegar a casa me postre en el sillón café de la sala, soñando con Sonia y cumplimentando todas aquellas cosas que me quede con ganas de hacerle.

La segunda ocasión, fue en un puerto cuyo principal atractivo era la franja costera, poco les importaba a los locales que el resto de su ciudad fuera un páramo de miseria, violencia e incertidumbre, Ramón Sabárte, hermano mayor de Andres, era mi acompañante bajo aquella noche lóbrega, habíamos terminado la jornada totalmente despedazados después de soldar estructuras, acarrrear andamios, instalar los paredones de tablarroca e infinidad de cosas en la casa de algún funcionario corrupto de la ciudad, Ramón con su siempre incansable ánimo logro convencerme de salir a tomar unas cuantas cervezas al Samantha's Night Club, dirigirnos allí nos tomó aproximadamente treinta minutos caminando desde el hotel, a la entrada dos tipos dicharacheros soltaban una y diez frases halagando el sitio, sin darse cuenta que nosotros estábamos decididos a entrar al coste que fuera. Después de pagar un cover insignificante, una mesera de gestos gráciles

y rostro sublime nos dirigió a nuestra mesa, un tablero de caoba bien barnizado alrededor del cual se situaban muebles de un exquisito terciopelo rojo, pedimos una cubeta de cerveza Indio y la disfrutamos mientras veíamos a mujeres, esta vez monumentales, mostrar lo mejor de sus dotes, cabe resaltar que Ramón y un servidor habíamos hecho el pacto (que por supuesto rompimos) de no gastar un céntimo más en algo que no fuera alcohol, todo cambio cuando una brasilera de senos monumentales nos abrió el apetito carnal y entonces Ramón exclamo: -Por supuesto que ando pagando un privado-, hablaba con esa dialéctica que le hacia remarcar las erres y mover las manos de manera avispada-. ve la calidad del material- coronando su expresión con una sonora carcajada. Evidentemente cada quien termino por pagar un privado, yo que había fijado mi atención en una preciosa argentina cuyo combinado azul celeste me hacia suspirar, termine con una paisana de buen cuerpo y mejores mañas, aquella ocasión, ya privado de la inocencia que presumí en mi primera aventura (tal vez por la distancia de años), con mis dedos en su sexo y ella mordiéndome el cuello, la oreja, el sexo, descubrí que pese a lo bien que fluía el momento, aquella ocasión era inferior a lo vivido con Sonia, dándome cuenta que la vida de los hombres es la constante repetición de experiencias cuya gracia o desgracia depende de saber diferenciar los momentos en que estas se magnifican o empequeñecen. Salimos del antro casi borrachos y fue ahí cuando decidí que el amor de alquiler y contratos no era para mí, porque todas ellas tienen una cierta tristeza en los ojos, tristeza que no era permeable mi siempre nostálgico ser, te miran pero están ausentes, las que más son felices sonrían mientras se sientan en tus piernas y deben imaginar que están con un tipo al que quieren...

Siendo putas pero no de oficio, sino por pura libertad... por derecho puro...

Y descubrí que lejos de sentirme más hombre visitando aquellos sitios, el alma se me ensombrecía y entonces, averiguaba en los siguientes días o semanas, mis ojos privados de su brillo natural.

De un hereje, para el Creador y el Padre.

Para Don Arsenio, con completo amor...

Para mi padre, con absoluto amor libertario..

A Dios, de parte de un hereje al que no lee ni escucha, pero del cual tiene lo poco que tengo de fe..

Mi padre solía decir que Dios nunca interviene en las nimiedades y suplicas menores que nosotros sus hijos elevamos, aquel ser omnipotente al que la bisabuela Adela, una mujer férrea de convicciones y de fe inquebrantable, le había enseñado a alabar de manera mecánica al grado de poder recitar el Padre Nuestro, el Ave Maria y mil un cánticos más sin apenas pensar en ello, no era más que un ente que supervisaba de manera indiferente la vida de los seres humanos, interviniendo a veces de manera arbitraria para bien o para mal, en realidad no importaba si era un perjuicio, con el tiempo y poseedores de una fe demasiado grande, se llegaría a la conclusión de que el Señor habría puesto en nuestro camino un mal necesario, poco importaba si la quiebra de la empresa familiar llegaba en el preciso momento en el que un cáncer de páncreas hacía su aparición, el hecho de sobrevivir a tan onerosa enfermedad, gastado hasta el último centavo, sin páncreas y recortado parcialmente el intestino delgado a causa de la metástasis, le daba a la situación el adjetivo de milagroso, y entonces uno, macilento y demacrado, podría hallar gracias al Lord, una enseñanza de vida y renacer a la nueva luz, entendiendo que el valor de la misma no procede de los perdidos bienes materiales sino de aquellos que por compasión, amor o lastima permanecieron a nuestro lado, no había episodios de infortunio o suerte que no pudiera adjudicarse Dios, no importando que tanto pudiera esto contravenir la teoría de mi padre, tiempo después comprendí que Dios tiene las de ganar/ganar.

"Si no estudias, si no trabajas, si no haces el pinche intento por aprender las tablas, no va a bajar a socorrerte Jesús, la Virgen Maria, todos los santos o el mismísimo Señor en el examen, y dudo que aún menos en la madrina que te voy a dar si lo repruebas, así que ayúdate, que Dios te ayudará."- Exclamaba en ese tono inflexible y rígido que rápidamente hacía notar, primeramente, el peligro que corría mi integridad, y por último, que si alguna vez Jesús incluyo en sus enseñanzas las palabras amor, comprensión y empatía, la cabrona de Doña Adela las omitió por completo, limitándose al campo de la teoría. Y escribo cabrona sin haberla conocido, porque de esa manera se refieren a ella los vástagos de mi abuela a quien he apodado "La Dama de Hierro", de quien hablaremos luego, cuatro varones y una mujer de los que la bisabuela fue institutriz, jueza y verdugo, si en cierto punto de la historia familiar había resquemores por no coincidir en ciertos temas polémicos, hablando de Doña Adela, sobrevenía un mismo referendo; "Putaaaaa, si tu abuela ha sido y es una mujer difícil, esa cabrona ¡era cabrona y media!"

Como siempre, mi padre demostraba su sabiduría ancestral, ninguno de los dioses paganos o los sacros beatos cristianos intervino en alguna de las golpizas que me propinó, las veces que más se asemejaban a un milagro eran aquellas en las que mi ángel de la guarda ponía un asunto de por medio, y entonces me daba chance de santiguarme y prepararme mentalmente para la aporreada que me esperaba, con el tiempo, llegué al entendido de que aquello era más un martirio que un alivio. En esas épocas como manera de anular o en su defecto atenuar el castigo, yo oraba de

manera inocente aquellos rezos que me enseñó mi padre después de una noche improvisada de cuentos sosteniéndome en sus fuertes brazos, sin entender que ningún santo quería(o podía) enfrentarse a aquel ser humano que enojado, parecía un esbirro furibundo. La noche del improvisado primer catecismo recuerdo preguntarle mientras sostenía mis palmas hacia el cielo como era pertinente para el Padre Nuestro: "¿Qué o quién era Dios?" con el aire curioso de en ese entonces, un niño de cuatro, tal vez cinco años, con aire de erudito, mi padre me respondió con ese dictamen que tendrían los progenitores prefabricado una vez que deciden desde el día de nuestro nacimiento que seremos criados bajo las enseñanzas del Altísimo:"Dios es como el aire, lo puedes sentir pero no lo puedes ver".

Aquella explicación bastó para no volver a dudar de nuestro Señor, sumado al mandamiento de que cualquier duda por razonable que fuera, era un acto de blasfemia y por ende, las posibilidades de retozar en el paraíso prometido se disminuirían con cada dardo interrogante. Sin embargo no fue suficiente ante el primer golpe que me dio la vida, si bien la relación con mi creador terrenal no ha sido excelente gracias a mis excelsas cualidades como hijo problema, había gestos de amor que dibujaba de vez en cuando, de tanto en tanto cuando sentía que la mano se le había pasado, Papá me sentaba en su regazo con los ojos enjugados de lágrimas y me pedía perdón por dejarse llevar por su carácter iracundo explicándome que a él jamás en su vida le habían enseñado a ser cariñoso, o quedaban esos domingos en los que de manera repentina se levantaba y pasaba todo el día en la cocina preparando manjares para disfrutarlos en familia, también estaba la manera en que defendía a su oveja negra, cuando la familia vertía sus precauciones sobre lo peligroso que sería no meterme en cintura a tiempo, recuerdo aquella charla en el rancho de los abuelos después de las vacaciones de verano en las que decidí que si iba a ir allí, sería única y exclusivamente para lo que estaban destinados esos días, ¡vacacionar chingada madre!, aquella resolución me trajo problemas y cuando mi padre se dispuso a ir por su dulce retoño alguien lanzó la cariñosa frase "Si no acompañas a tu hijo, no lo quiero aquí, nadie tiene la voluntad y paciencia para meterlo en cintura". Debo admitir que esperaba una madrina al llegar a casa, pero en lugar de eso me golpearon sus ojos vidriosos que manifestaban hasta donde había llegado su decepción, acto seguido, me hizo un recuento de todos aquellos sitios en los que yo me había cerrado las puertas, aquel discurso era su último intento por salvar a una rupia en constante devaluación, y ¡funcionó!, al verano siguiente volví a los terruños de los abuelos y la frase final fue otra, mágicamente yo había aprendido la importancia del trabajo aunque tristemente desde entonces, siempre por motivos laborales, no he vuelto a mirar el árbol repleto de guajilotes, ni a Moneda(la yegua del abuelo), la multitud de primos, tíos y parientes, o el patio que siempre estaba tapizado por las flores verdes del cuajilote, ni siquiera a los abuelos. Mi padre si bien era siempre duro hacia mí cada que cometía errores, tenía el poder de reprenderme haciéndome sentir valioso y la capacidad casi olvidada de abstenerse de adornar al amor con palabras y reforzarlo con hechos.

Sin embargo, a mis seis, siete años, ¿quién sabe hace cuánto de esos días?, yo hallaba refugio en Rogelio, el por todos querido Tío Rogelio, un hombre bonachón cuyo carácter siempre alegre te hacía permanecer en un ambiente de calma y plenitud, qué lejos me hallaba yo del escarnio familiar a su lado, beberme un Jumex de Mango mientras me explicaba, sentados en la batea de una camioneta roja, los nombres de las plantas, o atrapaba una catarina para mí, o simplemente nos sentábamos a comer unas empanadas de guayaba y contemplar los matices del cielo ceder al paso del tiempo, todo esto constituía para mí el entendimiento de que se puede ser feliz en cualquier parte del mundo, si uno está rodeado de las personas que ama. Aquella felicidad fue espontánea porque apenas pude percatarme de ella, desapareció, esas vacaciones nos despedimos con la promesa de vernos pronto para celebrar mi inminente cumpleaños, tres días después del mismo, la llamada del Tío llegó desde quién sabe dónde para recordarme que no había olvidado nuestro pacto.... Un día, un accidente de tráfico lo postro en cama y finalmente su vida se apagó ante los rezos y el dolor de todos los que lo queríamos. No verlo en el hospital, convaleciente, es algo que debo agradecer a mis padres, quienes me consideraban muy pequeño para este tipo de

experiencias, puesto que la imagen lozana, risueña y amable de él, no tuvo oportunidad de marchitarse. Nunca he entendido como Dios tan omnipotente permite que personas con tanta luz abandonen la vida, la frase tan burda de "haber cumplido con la misión que les ha sido encomendada", me hace pensar en él como un simple mercenario que coloca y retira piezas a antojo, una vez cumplidos los objetivos que les fueron brindados, sin importarle lo que el delegado pudiese sentir, la paradoja de Epicuro en una misera versión personal.

Al paso del tiempo las cosas con mi padre continuaron enfriándose, así, mientras las zonas polares de este planeta se desgajaban por consecuencia del calentamiento global, allí, entre nosotros dos, había una siempre creciente costra de hielo que impedía la comunicación, a cada intento por hacerme escarmentar, correspondía una acción que buscaba retar su autoridad y por consiguiente una respectiva madriza, durante esa etapa, que va de la adolescencia hasta ya egresado del bachillerato, la relación entre nosotros dos no hacía mas que estrecharse o alejarse de manera continua.

Recuerdo hacerme consciente de que las cosas no podrían estar así de mal toda la vida, una madrugada en la que aborde de manera intempestiva un autobús con dirección a la capital del estado, en ese entonces yo había quedado prendido de una chica que tiempo atrás conocí en un viaje, de ojos color miel y blanca piel, de fácil platica y presencia abrumadora, ese día mi padre me sorprendió con un mensaje de apoyo incondicional y me deseo que no saliera dañado de aquella experiencia, yo le di una respuesta que ambos celebramos. Por supuesto que aquello no funcionó, pese a las tantas veces que rece por ella y el "nosotros" que aún ni nunca tendría comienzo, sin importar el interés de ambos por estar juntos, ninguno tuvo el valor de confesarse, ese día, que resultaría uno de los más gratos(al menos en mi imaginativa) termino por ser un desastre a causa de la mala planeación y un mal entendido, resulta que el día que decidí apropiado para la visita, mi musa estaba debatiéndose y repartiendo su vida entre la facultad de Arquitectura y la franquicia en la que ambos trabajamos, así que tuve que conformarme con mirarla durante los quince minutos que se hacía el colectivo hasta la estación de autobuses y allí, despedirnos para siempre. Aquel día al llegar de noche a casa, abatido y con la moral por los suelos, mi padre y yo llegamos al tácito acuerdo de conversar antes de declarar la guerra, lo cual trajo resultados a medias, provocando que de los dieciséis hasta mi marcha definitiva del hogar, yo estuviera saliendo y entrando del hogar por cortos periodos. En esas épocas si bien solía rezar el repertorio que mi padre me había enseñado, me mantenía distante de la religión que se me había heredado, caso contrario a mi progenitor que antes de comer bendecía los alimentos y después del acto se levantaba exclamando sonoramente: "Gracias a Dios y buen provecho", tratando, algún tiempo después en complicidad con mi madre, de encaminarnos por el camino del Señor haciéndonos ir cada domingo a la iglesia...

"Papá ya no cree en Dios, dice que ya no cree" -exclamó mi hermana con la voz y un gesto apagado.

Aquella frase me desconcertó, significaba que en algún punto de su existencia, la fe siempre custionante de mi padre se había desvanecido por completo, aquel hombre que sabia a la perfección el sacro prontuario, ya no rezaba más. La perdida de mi hermana fue, quizá, un aliciente importante, sino es que el detonante definitivo, basta pensar en el dolor que conlleva perder a alguien que has amado desde el momento de su nacimiento, Viridiana era la joya de la familia, una niña preciosa que desde siempre sería la mujer de sus ojos, estudiante aplicada, acróbata y bailarina, de sonrisa gentil y temple de acero, si el Altísimo se la arrebató junto con la juventud de cuatro seres más, fue por hijo de puta completo, tenía tanto para dar que en el momento de su partida me encontré suplicando a Dios que la devolviera a mi padre y al mundo con toda su magnificencia, sin importar que yo estuviera de por medio en aquel trueque. Todo en su partida fue truculento: la muerte en la distancia, los complejos tramites burocráticos, las vísperas de Navidad ennegrecidas, el día de su ahora lejano adiós: la llamada a primera hora del día, despertar y entender que aun ante las grandes tragedias la vida sigue y no se detiene, es curioso como durante

el sepelio mi padre permaneció la mayor parte del tiempo en tranquilidad, él, que tenía pleno derecho de desgarrarse las vestiduras, sollozar, plañir, y desfogar todo ese calvario, se mantuvo en completa calma, tratando de tranquilizar a mi hermana (Vale), a mi abuela, etc. Por otro lado, yo que tenía una mezcolanza de emociones destructivas: la pérdida de Viri, el nulo apoyo moral de una persona a quien encumbra en la cima del amor desmedido, un trabajo que no me llenaba (pero que la familia consideraba apropiado), la incógnita del futuro, etc. Fui "invitado" a no ceder ante el dolor y mantenerme integro, "por aquello de que mi padre se sintiera respaldado", así que aquel evento junto a las misas que estaban por venir, en las que Vale se abrazaba a mi y sollozaba de manera temblorosa mientras se me partía el alma, fueron la prueba suprema de que como lo ordena el Señor, es posible enfrentar al dolor sin derramar una lágrima, anteponerse a él y sepultarlo en cualquier sitio del cuerpo, aquel día, junto con las lágrimas algo dentro de mí se seco.

Viri, mi chaparra, fue en mi vida el faro que mantiene a las embarcaciones lejos de las escolleras, si bien durante muchos años no fuimos tan cercanos, cuando mi madurez lo permitió, comenzamos un proceso de acercamiento que nos hacía estar a salvo en ese universo para dos, si alguien creyó en mí durante ese periodo autodidacta de descubrir como la vida se manifiesta noble, salvaje, terrible y orgullosa, fue ella.

Puede que superado el bache emocional, pasado el novenario y las sosas misas mensuales durante todo un año, que ¿ayudaron? a enraizar la resignación ante la pérdida, mi padre hubiera comenzado su escisión de Dios. Por mi parte, me separé de la familia y mientras Don Arsenio se alejaba del dogma, yo me acercaba de manera cautelosa a la fe que profesaba Jesús, puede que debido a lo complicado del primer año fuera de casa (en el cual pase épocas sin probar alimento, en situación de calle y en complicadas estratagemas de los hampones que desde siempre controlan este puerto que me vio nacer), sabrá Dios si no le recé con ahínco y total devoción que me ayudará a salir de tan complicados embrollos y fue entonces que llegué a la conclusión de que Dios, si es que existía, me había abandonado a mi suerte, quizá por resolver los conflictos de sujetos que estaban al borde de la inanición en África o mediar mediante su tribunal celestial por la resolución de los problemas en Oriente Medio, la frase celebre de mi padre tomaba resonancia ahora más que nunca: "Dios no concede caprichos, ni endereza jorobados", solía repetirme. Si bien deje de rezar el padrenuestro, el salve María, y muchas otras oraciones mas, jamás deje de santiguarme y rezar, no por mí, sino por todos aquellos que me eran importantes en la vida, cuando de pronto, me descubrí rezándole a mi hermana con absoluta fe pagana y entablando conversaciones con mi elevada nueva versión del Señor, solo para hablar del día y agradecerle por permitirme ver un nuevo amanecer, las cosas comenzaron a funcionar, y si hace unos años el panorama era sombrío, de la mano de mucha gente importante logre pintarle al cielo nuevos matices, al principio puede que le costara a Dios entender que no sería el quien recibiría mas mis plegarias, porque mientras yo agradecía a Viri que la noche a la intemperie no fuera tan dura, el cielo se llenaba de nubarrones que de manera sorpresiva dejaban caer sus gotas frías.

Cuando el frío de las noches (quien diga que en este puerto jamás hace frío, es porque nunca ha pasado una noche de septiembre a la intemperie, cubriéndose de los ventarrones y la lluvia), la discriminación hacia mi persona por el lastimoso estado de mis prendas (basta preguntar a Ricardo, unos de los hermanos que la vida te regala, en qué condiciones me encontraba cuando él y su familia acudieron al rescate), el hambre, el cansancio acumulado y la desesperanza me hacían pensar que tal vez yo no aspiraba a más de aquello que los sayones me ofertaban, cuando estaba a punto de caer en el infierno (el cual seguramente, me haría amanecer algún día tres metros bajo tierra), la imagen de mi hermana aparecía, recordándome aquellas ocasiones que celebramos mis pequeños primeros triunfos, y entonces, yo adquiría fuerza y a base de trabajo, lograba escalar de a poco en aquella hondonada y acercarme a la luz de mi consciencia.

Todo esto, me ayudo a ir llegando a la pecadora conclusión de que somos dioses terrenales, creadores de todo aquello que nos acontece, incluso de la fe que nos hará pasar de un ser

espiritual a uno religioso. Hoy creo más que nunca, que la existencia de un Dios se reafirma individualmente en la manera en que el hombre permita recaer el peso de las adversidades y victorias en sus creencias, anteponiéndolas o apuntándolas.

Ahora mismo, mientras termino de escribir esto, papá esta frente a mí, observándome en mi ensimismamiento, ese que muchas veces me hace permanecer ausente en su presencia, aunque ahora todo es distinto, él entiende de eso, sabe que soy una persona que disfruta de su soledad incluso estando acompañado, y entonces cuando mis ojos se llenan de lágrimas por fracasos o yerros pasados, vendrá al rescate con un sonoro "¡Quiobo chiquillo!" y una sonrisa que parece confesarme que pese a no ser el mejor de los padres, como suele repetir, jamás ha dejado de creer en mí.

Quizá algún día pueda reconciliarse con el Creador, hacer las paces y separarse como dos viejos conocidos que han coincidido de manera inesperada en infinidad de ocasiones, quizá en otras vidas su relación será más sana y menos turbia.

Tus ojos.

*Casi había olvidado el color de tus ojos
con su pupila citrícola refrescándome el alma
con su tornasol cambiante
como la sombra del fatuo fuego eterno,
y el aliento que emana de los reencuentros fortuitos,
había olvidado lo bien que se siente perderte
después de jamás poseerte.
Me había privado de los tortuosos caminos
que llevan a ninguna parte
como queriendo decir:
¡Que jamás he estado en casa,
si no lo he estado contigo!
Puede que al final del día,
quiera esperarte en el andén de la estación,
una vez más, o tres, las que quieras volver,
las que sean necesarias para proclamarte habitual de mi vida,
como el oxígeno que respiro y me llena los pulmones
de esa esencia afrutada que emanas,
como la luna que colma de luz el cuarto acartonado
privado del resplandor de una vela tambaleante,
o el clamor de las voces cotidianas,
que no me significan nada.*

*Casi había olvidado,
que fuiste musa de matices terrenales,
intacta
a las mentiras pustulentas y al ardid,
inocente
con tus actitudes nobles y calmas,
sigilosa y compleja,
cuando desaparecías acompañada del lóbrego de la noche,
V I G E N T E
a pesar del tiempo que envejece y aleja*

hasta los más gratos recuerdos,
ante los paisajes cambiantes te eriges triunfante
ante la fría cordillera y el mar de carácter tropical
tu esencia de mujer divina acalla los rumores
de nubes que viniendo de un lado a otro,
no hacen más que murmurar,
y te vistes con el manto blanco del bosque de niebla
cubriendo los ocelotes pardos que en huida constante
se ocultan entre los lunares de tu cuerpo,
y todas las orquídeas parecen enraizarse allá en tu pelo castaño,
y el jilguero encontró asilo en tu boca,
para dejar escuchar las palabras silentes,
que expresas con tus ojos de verde confianza.

De lo tropical te quedo yo,
escribiéndote sobre olas que se amarran a la orilla de la playa,
con un espíritu de blanca arena que en los días de norte,
se eleva en el aire y busca infructuosamente durante años,
llegar a tu palaciego recinto.

Y hoy que te encuentro risueña, salvaje y despeinada,
con remanentes de musa pasada,
con la piel tostada tras la estancia en los sitios tropicales
de mil países distantes a este, parecidos más nunca iguales,
te diré de sopetón
Que bonita te ves, casi había olvidado el color de tus ojos...

Mulata.

Bonitas las dormilonas, que me recuerdan tus ojos.

Abriéndose y cerrándose de par en par.

Pero más bonitas las bugambilias, que me recuerdan tu falda.

Paseándote por las calles empedradas.

¿Qué tienen tus ojos negros, mulata? Que en todas partes los veo, que en cada brizna te encuentro.

Lista de deseos sin consumarse...

"Uno en la vida suele soñar con diversas cosas de varios pintos colores y formas, a medida que estas se diluyen o se desprenden de nuestra piel, comienzan los dolores del alma."

Marco esperaba paciente en la buhardilla del café Madisson, abajo podía observar como los perros arrancaban el aroma de aquel fresco día otoñal y como con su mirada curiosa arrebatan el verdor del pastizal y lo devolvían en suaves miradas de confidencia, había aquel día en el parque cierto aire de romanticismo, en el chófer del colectivo que acompañado por una parda mujer entregaba a los individuos en la única parada del parque Lorencez, en los tórtolos que corrían alrededor de la laguna, e inclusive en aquellos niños que bajo la curiosidad o morbo, vaya uno a saber, se daban un beso inocente. ¿Quizá era la proximidad del encuentro con Mariana lo que le tenía cada sentimiento a flor de piel? Miró el reloj y se percató que ella debía haber llegado hacía cinco minutos, un pasmo de pánico se apodero de su pecho, la idea de quedarse ahí plantado, con los sentimientos encajonados y un café enfriándose como él mismo, le produjo un breve sentimiento de tristeza. ¿Acaso no habían quedado al cuarto para las doce, o es que no se había explicado de manera correcta? Sucedió que tratándose de ella, jamás podía expresarse del mismo modo en que lo planeaba en su mente. . . Verla altiva subiendo por las escaleras, le alivio la vida, aquel vestido blanco que se ajustaba de manera perfecta a su cuerpo, parecía cobrar vida propia seduciendo con cada uno de sus pliegues, pudo observar sus pantorrillas níveas y lo delicado de sus gráciles tobillos, sus pies de fino encanto encerrados en aquellos zapatos que tantas veces él había jugado a quitarle, eran los doce y quince, ¿Valiente espera, no? -se dijo a si mismo en una voz que parecía susurro, como para rectificar el triunfo ante su lado impaciente.- Lo dices como si no supieras que puedes vivir en su espera.- profirió, mientras una sonrisa en su rostro se dibujaba. Y es que durante el año de su estancia en Tarragona, olvidó como dar la hora, de algún modo era más confuso agendar una cita al cuarto para las doce, que si se hacía a las once con cuarenta y cinco, olvidó qué línea de camiones le llevaba hasta el parque, por eso tuvo que caminar las diez cuabras de distancia desde el sitio en se percató de su extravío y preguntar por la ubicación de aquel café en el que la vio por última vez, pero sobretodo, había olvidado el efecto placebo que ella producía en él. -Holaaaaaaa.- exclamó Mariana con una voz que reflejaba todo el vigor del mundo, mientras se fundían en un abrazo que contenía todos aquellos que faltaron en año y medio de ausencia mutua-El mediterráneo te ha sentado bien.- remató la frase de bienvenida con esa sonrisa que hacía ver a la Catedral de Santa Tecla como un alfeñique monumento a la belleza. -He pedido un café para matar el tiempo de espera-. dijo Marco con una voz entrecortada que contrastaba con la frecuente parsimonia y seguridad que mostraba. En realidad, cada día durante su ostracismo pidió un café para matar la horas de ausencia que aún le restaban y alejaban de ella. - Te ha sentado bien cada día que ha pasado por tu vida- dijo mientras tomaba su mano y miraba fijamente sus ojos de castaña belleza. Se acomodaron en el sillón, ella frente a él con las piernas cruzadas, casi sin intención en postura sugerente, él de manera que con el paso del tiempo, hubiera espacio para amoldar sus cuerpos, pidieron un Té chai, y una tisana de alguna parte tropical del mundo, la camarera, una señora regordeta y de apariencia noble, de entre cuarenta, cuarenta y tantos años, hizo algunas recomendaciones, que aquellos, embelesados en su mundo de dos, aceptaron sin pensar en ello. Hablaron del arte, de las funciones de cine, planearon una visita a la playa, y luego discutieron del surrealismo, centímetro a centímetro la distancia fue cediendo ante el eléctrico magnetismo de aquellos seres. Alicaídas las horas la charla se fue haciendo más íntima, hablaron del modo en que se sentían estando juntos desde siempre, y la valiente confesión de Marco sobre el hecho de como cada silueta, contorno, modo y detalle de Mariana le provocaba un

inconmensurable cariño, hasta llegar a aquel punto en el que Mariana preguntó: - ¿Cómo ha sido la vida lejos de aquí? Supongo que después del paso del tiempo, nuevas sucesos y perspectivas han hecho variar tu lista de deseos y prioridades, aparte- dijo con una mirada picarona- Quiero saber quiénes han dejado marca en esa piel tostada- En su rostro se dibujaba la curiosidad con forma de ninfa, mientras mordía con sutileza sus labios al terminar la frase. - ¿Recuerdas aquel día que acudí a ti tras una noche de hastío? Preguntaste qué esperaba precisamente de una noche de otoño si todas son aburridas,- mantenía un tono de inflexión, que se suavizaba cuando lograba descubrirla siguiendo la conversación y mirada- precisamente eso fue mi vida sin ti, el Mediterráneo tiene ventajas maravillosas, pero sucede que contrario a lo que pensé, pese a nuevos proyectos, escritos, vida, casa y cultura, - suspiró mientras hallaba valor en un sorbo de la ahora tibia tisana, finalmente aventó de sopetón- jamás hubo un sueño que le arrebatara atención a aquel de volver a mirarte caminar por delante de mi con tu falda volando al aire. -¿Así que has soñado conmigo?- su voz, ahora tenía un tono ronco que le confería una sensualidad ignota- espero que haya sido siempre preservando mi imagen intacta. - Supongo que alguna vez he soñado en besarte de manera ferviente, después de pretender despedirme tras una tarde juntos- Marco podía sentir como el color subía a sus mejillas, más no pretendía censurarse- también he de suponer que forcejemos con la cerradura entre besos y finalmente caeríamos en el sofá. El rostro de Mariana era ahora un jitomate, y cuanto más buscaba disimular su estado, más evidente resultaba. -¡Vaya que tienes buena memoria para los sueños! -agitaba su blusa de manera estruendosa buscando de modo infructuoso sosearse- yo que apenas puedo acordarme de ellos al minuto de despertar- su gesto era de un alivio compugnido. -Bueno- exclamó Mario intentando explicarse- sucede que en cuanto vivo o recreo una experiencia que se asemeja a un sueño, intento escribirlo. Es así que sé puedo recordar la manera en que besaba tu cuello, la forma en que nuestros cuerpos se amoldaban, y mi lengua lamiendo cada poro de tu espalda- a estas alturas, trataba de contener la respiración- los roces de tu cuerpo con el mio, tus muslos a flor de piel mientras los besaba- se contuvo de golpe y calló- ese sueño fue de la última tarde que te vi, en adelante, sólo sueño que te perdí-dijo con el cejo fruncido y un rictus de dolor. Mariana intentó articular alguna frase que rompiera con la repentina tensión del instante, finalmente se animó a decir de manera tímida: - Yo no creo que me has perdido- Ahora buscaba de manera cuidadosa las palabras, evitando lanzar un dardo que pudiera herir y delegar a aquel reencuentro el carácter mortuorio de las decepciones- sé que la vida no ha permitido que sea posible-cuidaba no dejar algún hilo suelto que pudiera hilar historias de amor que no tenían sitio. Finalmente bajó la mirada, y el silencio destruyó las cuatro paredes de ese mundo privado, afuera, el cielo se tornó de un color arena, un perro aullaba en la distancia. Marco se acercó de manera sutil al rostro angelical de aquella a quien tanto amaba, de pronto, se encontraba besando su rostro con fruición, tomo su rodilla con ligera rudeza mientras sentía sus dedos raudos por su cabellera. . . Finalmente, se separo, no sin antes exclamar en voz apagada: -Sólo debías atreverte a ser feliz, ahora queda claro que pese a que he intentado quererte a expensas de tus reservas, hay en nosotros algo que nos atrae y somete a querernos de manera íntima, así como ahora- los ojos de tono miel se mostraban cristalinos, pero en un último esfuerzo de auto control logró someter el proceloso mar que se aproximaba- y ahora culpas a la vida, al destino, cuando en realidad lo que faltaron fueron ganas.- ahora su voz tenía la seguridad acostumbrada pero de tanto en tanto adquiría una tonalidad de ira- ¿Qué carajo? tampoco faltaron ganas, -su voz casi quebrada le daba un aspecto lastimoso-más bien nos faltó coraje, y ahora te veo con ese anillo en tu mano y se me cuelga la vida . . . Mario se paró dejando un beso en la frente de Mariana, los sueños sin consumarse y el 15 porciento de propina . . .

La noche callada.

Llego a la noche callada,
al mar de desilusiones que ambos habitamos,

y moramos en el y empapamos nuestras frágiles existencias en un soplo ligero,
allá donde salimos a caminar, y tomas mi correa y me adiestras,
y donde al morderte te excitas y dueles,
pero sólo me castigas cuando soy bueno.
Cuando digo te quiero de manera lacónica, llorona, firme y arrepentida,
cuando después de esto, vienes y humedeces mis ojos,
a cambio de anegar mi sexo con tu humedad.
Llego a la noche callada que habitamos,
que se desviste con prisas y nos brinda protección de las miradas intrusas,
con su piel magra y negra caoba,
y nos esconde del vado de ser fugitivos,
de nuestras otras vidas y cuerpos inertes,
como la naturaleza muerta que putrefacta sólo desea la muerte.
Y aunque te escondas de mi, y yo te esconda conmigo,
aunque me niegues como los Dioses que antaño se adoraban,
sabemos que viniendo a ti por medio de mis recuerdos,
y tú yéndote de aquí por la vereda de olvido,
con recorrer el camino mutuo y las horas tristes en que nos descubrimos,
distantes y dolidos,
llenaremos nuestros pies de aquella arena fina de nuestra playa, noche y mar.
Esa que se esparce más y con mayor evidencia,
cada que intenta uno ya limpiarse la camisa, los pantalones,
la cara entumida y los ojos que se conocieron intimando.
Y entonces, para romper la evidencia y no esparcirme más del "muero por poseerte",
y tú, del lío que te hizo descubrir que si te quieres es contigo y tu arte que habitas. . .
Llegamos a la noche callada,
en el mismo mar salvaje pero quieto de muerte,
ya distantes en una eternidad descerrajada,
mientras lloramos frente a la pira,

por cada prenda arrojada y quemada en el fuego del fuimos,
que en cuestión de segundos se consumirá hasta el mismo.
Y nos vamos desnudos, cada quien sobre sus pssos y rumbo,
mientras el sol calcinante te hierve la sangre,
junto a los hubiera de tiempos pequeños y frágil vuelo.

Los reproches.

He estado pensando en las cosas que suceden, en la indiferencia que de a poco se va plasmando en mi vida y me llena, y es que no sé cómo vivirla, cómo sucederla, cómo funcionarla.

Mi vida se remueve como el musgo en el fondo de un lago profundo, quieto y estático sin saber a dónde ir, más que cuando la marea la arrastra o los peces hambrientos le devoran y la llevan a alguna parte al defecar.

En ocasiones pienso escribirte, llegar hasta tu casa, buscar la dirección de algún modo, dejarte aquel libro de escritos y las canciones que te he creado en aquellos contados días que funcionaron a tu lado, que fueron nulos y apenas nada.

Aunque fuiste más distancias que lo que realmente me diste.

He estado pensando en lo que dijiste, que te gusta estar al lado de las personas que amas pero... ¿Cómo es que sucede? Digo, que al final de cuentas no logro comprender la incongruencia, que no tenía gran ciencia permanecer a mi lado, a veces simplemente era permanecer en los momentos complicados, pero tú no tenías fe y tampoco tenías que hacerlo. Lo que sucede es que, me resulta incongruente, porque siempre te fuiste, me fuiste abandonando de a poco, y nos fuiste abandonando a ambos.

Que fueron las peleas, entonces fue mi culpa, no hay más.

Pero esto no es un recital de reproches, es un ejercicio de cosas que sucedieron aquí, que hicieron que no sucediera acá. Y no hay nada que me llene, y con eso no se puede lidiar. Y no tienes que lidiar, por eso nos dije adiós, pa' no obligarte a cambiar lo que eres ni vivir exigiendo aquello que no tienes que dar porque no te nacía.

Es cierto que por momentos, te sentí como esa sustancia viscosa que se fue metiendo de manera meticulosa entre cada poro. Y fue borrando mi rostro de cansancio y sin apenas reconocermelo, me llenó de amor, y de miedos, y yo me llené de miedos contigo. Pero también hubo las alegrías.

Pero ahora que honestamente veo y pienso las cosas que sucedieron, los detalles que nunca vi o no quise nunca mirar, que eran tan claros y convincentes de que tú nunca estuviste convencida de jugar todas tus cartas aquí, y es que hablaste de amor tantas veces conmigo al tiempo que lo hacías con él, ¿qué fue lo que sucedió en mi mente? No lo sé, tanto he quererme tan poco que permití dejar que me quedaras siempre a la mitad, y perdoná si aquel amor vos lo consideraste un entero, y es que siempre lo vi como un número parcial, como una ecuación a medias, porque ¿sabés? Que al día siguiente hablaras de boda, de las mismas circunstancias y los mismos planes y del mismo amor, que ahora sé siempre fue mínimo para mí, me hizo entender que las cosas sucedieron así todo el tiempo.

Que cuando me decías que te separabas, estabas más cerca de él, que todo el tiempo dijiste las cosas que yo quería escuchar para mantenerme a tu lado y convencerte de que yo, era simplemente la herramienta para hacerle y para hacerte ver que te podía perder en cualquier momento, si no se adaptaba a tus circunstancias y forma de querer esporádica.

Vos no sabes de constancias, te conflictúan y hacen daño, lo tuyo es irte de a ratos, lastimar y disculparte y pretender que nada ha pasado, y quien pueda soportar todo aquello sin apenas darte inconvenientes, es lo que llamás amor. Amarte es vivir en la incertidumbre de no saber si saldrás a otros brazos, cariño y boca.

¿Qué importa ya? Se fue al carajo. Tenía que externarlo. No pensaba que con mi sexo mediocre, la

ansiedad, la inseguridad y las peleas que generé por estar siempre en medio de todo lo que sucedía allá, parece justificación pero no lo es, algo bueno hubiera salido. Soy mediocre y vos necesitás algo mejor que un tío que juega a ser escritor y tiene apenas nada de bueno.

O que no entiende esa forma genuina de querer y peor aún, la menosprecia, vos no sabes cuánto me duele pensar que he sido yo, pero ya lo habíamos asumido así, esta la parte de la historia en la que a mis reproches de todos los días y mi autodesprecio por no haber sido suficiente, le busco los antagónicos, como la antítesis de aquel libro que lleva por título, "Por qué he sido un imbecil por cada día que te he amado"

Pero lo intenté, ¿intentarlo basta?, no lo sé, y sé que vos, en tu medida... ¿También lo intentaste? Hay que agradecer aquello, porque después de todo, porque al final de cuenta vos podés decir: "le quise pero fue un imbecil que nunca supo entenderlo", y yo puedo decir que no quiero un amor que deba vivir descifrando, por más bonito que fue en su debido momento, aunque fue una fantasía que no pudo suceder.

Y aunque siempre crucé más hacia tu forma de querer de lo que intentaste en la mía, que siempre hubo más esfuerzo, y que en aquellos días juntos te mostré la faceta real de lo que esto sería, con mi ansiedad y mis poses, y se mantuvo así, aunque intenté mejorarlo, para bien o para mal, vos no tenías que quererlo por siempre y mucho menos soportarlo. Pero mostraste tanto amor y al final te fuiste alejando de a poco, no podías mantener el ritmo, no querías ni era tu estilo, finjimos un poco ambos, ya sabrás tú decirme dónde lo he hecho.

Dijiste tantas veces "te amo más" y demostraste tantas veces menos, que al final de todo, ya no importa si queris venir acá para no perder, no encuentro nada que de aquí te sirva o te nutra, es el problema contigo, estás tantas veces por el hecho de no querer perder, y en realidad hacés tan poco con el hecho de aprender a quedarte.

Amarte es no saber cuánto reproduces aquello tanto que dices y se contradice en los actos.

Que esta llamada de atención que le diste, te sirva, que te de tu espacio, se casen y vivan siempre felices, que el perro no se separe de quienes siempre lo han amado, que vos nunca andes con un imbecil como yo de nuevo, vos me dijiste en la cama que aquel era siempre tu alma gemela, y siempre lo demostraste en los actos.

Tantas palabras pa decir que estaba cambiando en mi, porque nos vi con los crios, en la calle empinada de aquella ciudad mágica, llevándote el desayuno a la cama, y que todo aquello lo construí sobre apenas el aire. Pero no te preocupés, aunque sé que nunca lo hacés, me quedé con las ganas de mejorar, aún sin entender "para qué" porque entiendo la mierda que soy. Porque toda esta cadena de reproches es apenas una justificación de haber sido quien saboteo este amor, aunque aquí exponga las circunstancias aún sin tener sentido.

Foto/ MarioDgzp en Instagram